

de su imaginacion y hasta en repetidos ensueños, le habia allagado la esperanza de ser él quien primero tomase posesion de Granada, si la ciudad era entrada por fuerza: y al ver ahora alejarse tan grata perspectiva, andaba triste y caviloso, embebidas las potencias y el alma en un solo y único pensamiento.

Aconteció por acaso un dia, á tiempo que ya el sol se iba ocultando tras los montes, que se halló Pulgar á las puertas de la antigua mezquita, convertida pocos años antes en iglesia, si bien conservaba la misma forma y estructura, la luz escasa, la techumbre sombría, arcos calados, y sutiles columnas. Penetró el guerrero dentro de aquel recinto, como llevado de secreto impulso, con intencion y deseo de dirigir al cielo sus plegarias, en aquella hora grave y melancólica en que va feneciendo el dia y aun no ha sobrevenido la noche. Largo tiempo permaneció Pulgar como abismado dentro de sí mismo en aquella soledad y silencio: y rellejando que al esfuerzo de unos cuantos valientes se habia debido la sorpresa de Alhama, y verse aquella mezquita consagrada al Dios de sus padres, sintió tal pena y desconuelo al recordar el cautiverio de Granada, y que tan solo en su recinto, de todo el ámbito de España, se tributaba aun culto á la ley del falso profeta, que en aquel mismo instante hizo voto solemne de aventurar la vida en desagravio de tamaño ultraje. "Animo, Pulgar, ¿qué te arredra? (dijo en voz baja, sin poder reprimirse): vas á verter tu sangre por tu Dios, por tu patria; de tí solo depende acometer una empresa tan señalada, que deje atrás la fama de los otros caudillos: y si me da su amparo la Reina de los cielos, he de ensalzar tan alto su santísimo nombre, que quede á los siglos memoria."

En lágrimas ardientes se arrasaron sus ojos al acabar de proferir estas palabras; y como si sintiese que le quitaban del corazón una losa que le oprimía, salió mas sereno del templo y se encaminó paso á paso á su albergue.

Eternas le parecieron las horas de la noche, sin cerrar un momento los ojos, ni bien dormido ni despierto; pero sin aliojar un punto en su propósito, confiado en el esfuerzo de su brazo y mucho mas en la ayuda del cielo, con aquella fé sincera y pura que tan bien hermanar solia, en aquellos siglos de gloria, el celo de la religion y el amor á la patria.

Apenas despuntaba el dia (mostrábase tardo y perezoso, al promedio ya de diciembre) cuando llamó Pulgar á su presencia á sus amigos mas allegados, compañeros de sus peligros y de sus triunfos: á Francisco de Bedmar, su cuñado, hombre de grande aliento (50); á Pedro del Pulgar, aquel cautivo que habia cobrado tanto cariño á su amigo y bienhechor, hasta mudar por él de nombre y de creencia; al esforzado Gerónimo Aguilera y á los otros hidalgos (honrados todos y valientes, si jamás los hubo) que seguian la estrella de Pulgar, durante el largo curso de aquella guerra, con tanta lealtad como ventura.

Quince fueron en número los que allí se juntaron, curiosos é impacientes de saber el intento á que eran convocados en estacion tan rigurosa, los montes cubiertos de nieve, embotadas las fuerzas y el brio, en silencio las armas. Acogiólos Pulgar con palabras corteses, si bien pocas en número, y el semblante mas grave que lo que de ordinario solia; y haciéndoles sentarse en derredor y muy cerca de sí (como un padre se rodea de sus hijos cuando teme no volver á verlos) les dijo en sustancia estas pro-

pias razones: "bien sé vuestra lealtad y vuestro esfuerzo, de que me habeis dado tantas pruebas; y la mayor que en esta vida puedo daros de lo mucho que han labrado en mi corazón, es el haberos preferido para confiaros mi intento. Mañana voy á entrar en Granada....." Involuntariamente arrojaron un grito cuantos allí se hallaban: tan atónitos se quedaron, mirándose los unos á los otros, y aun dudando tal vez alguno si habria comprendido mal las palabras que oyera; mas como si no se hubiese apercibido Pulgar de aquella admiración y extrañeza, repitió con el mismo acento: "mañana voy á entrar en Granada con el favor de Dios y el de su Santísima Madre; pero como me doliera en el alma topar en el camino con algunos infieles, y tal vez morir á sus manos ántes de dar logro á mi empresa, quisiera mereceros..... Cuenta que no lo exijo como en pago, ni menos os lo ordeno como caudillo; pero os lo tendré á gran merced, si me lo otorgais de buen grado....." No hubo uno solo de aquellos hidalgos que no se enterneciera al escuchar las últimas palabras: y hasta el mismo Pulgar, conmovido al mirarlos, prosiguió en estos términos: "ya lo sé, amigos míos: ¿cómo pudiera yo dudarlo? Vendreis en mi compañía hasta las puertas de la ciudad, y allí me aguardareis."—Calló el caudillo y permaneció unos instantes como discursivo y suspenso; que tal vez en aquel punto le saltó el temor y recelo de ir á separarse para siempre de amigos tan leales; pero reponiéndose luego, y como advirtiese que hacian vanos esfuerzos para encubrir su pena, levantóse de pronto y les dijo con semblante apacible: "Tú, Bedmar, escalaste los muros de Alhama; que aun dura la memoria en esta tierra..... También os he visto á vosotros tomar á escala franca el castillo del

Salar, combatir en Vélez, en Baza, en los mismos llanos de la Vega.... y os miro ahora á mi lado; ¿por qué poneis en Dios tan poca confianza, que me contais ya entre los muertos?»

Procuraba de esta suerte el caudillo despejar el ánimo de aquellos hidalgos, y sellarles los labios recordándoles las ocasiones en que tanta fama habian grangeado; mas despues que permanecieron suspensos por algunos instantes, sin que osase ninguno de ellos romper el penoso silencio, se aventuró Francisco de Bedmar, con las alas que le daban la amistad y el deudo, á soltar estas pocas palabras: "Tu voluntad es nuestra ley, Hernando; y no nos vieras cual nos ves áhora si nos demandaras la vida.... pero mal cumpliríamos con lo que á tí debemos, á tí que por tantos años no nos has tratado como caudillo, sino como amoroso padre, si al mirarte correr á una perdicion cierta...." "No os he demandado consejo (le interrumpió gravemente Pulgar); os he rogado solo que me acompañeis hasta Granada.

Enmudecieron los hidalgos, al ver cuán firme estaba en su propósito: como quiera que conocian, por larga y constante esperiencia, que ningun obstáculo ni riesgo hacia mella en su voluntad; y en el mismo punto y hora comenzó el caudillo á disponer los aprestos de la partida, mostrándose tan solícito y cuidadoso con aquellos honrados guerreros, que esto mismo agravaba, si posible era, el pesar que los afligia. "Cuenta con ir bien apercebidos, los vestidos con buenos sofroros, y la jacerina debajo, como que no llevais mas escudo y defensa.... el que no tuviere espada de buen temple, acuda á mi, que del mismo Toledo las tengo, y algunas hojas de Fez, que ya conocen á los ma-

ros.... Ni estaria demas que el que pueda procurarse algun albornoz ó capellar lo lleve consigo: que la estacion está muy destemplada, las noches son largas y frias, y tenemos que atravesar por medio de enemigos hasta llegar á los muros de la ciudad, sin que tan siquiera nos sientan..... y si nos sintieren ¿qué importa? ya aprendimos en el *Zenete* la manera de abrirnos paso.»

Alargó en esto la mano á Bedmar y á los otros hidalgos, que se la besaban á porfia, cual si fuesen sus hijos: «Id con Dios, amigos míos..... ¿qué puede temer en el mundo quien os lleva por compañeros?» Salió Pulgar con ellos hasta la puerta de su albergue; y aun allí los alentó con blandas razones, dando á cada cual alguna muestra del aprecio en que los tenia, en tanto que ellos no acertaban á separarse de tan buen caudillo, mirándole en lo íntimo del corazon como en visperas de su muerte.

Al trasmontar el sol aquella misma tarde, ya se hallaban todos ellos apercebidos, prontos, en sendos caballos de pelca, aguardando á Pulgar á las puertas de Alhama. Llegó en breve el guerrero: siendo muy contados en la ciudad los que presenciaron aquella salida; por hallarse los mas guarecidos dentro de sus casas en hora tan desapacible; pero asomándose un viejo á la ventana, al oír pisadas y relinchos, dijo no sin donaire y de tal manera que lo oyeron: «¿con Pulgar is?... la cabeza llevais pegada con alfileres.»—Sonriéronse aquellos valientes, y volvieron los ojos á Pulgar, que tampoco fue parte á conservar la gravedad del rostro: y tanto cundió despues el dicho del buen viejo, que quedó convertido en adagio (51).

Por montes y barrancos, pudiendo apenas los caballos refirmar el pie en las estrechísimas sendas, y forzados los

ginetes á descabálgar de trecho en trecho para sacudir de los miembros el entorpecimiento y el frio, se llevaron en peso aquella noche, de las mas ásperas de invierno, caminando toda ella sin tregua ni descanso. A pocas leguas de Granada se hallaron, á tiempo que ya alboreaba: y entonces determinó Pulgar hacer alto en una traspuesta resguardada del paso de la gente, con ánimo de aguardar á que cerrase otra vez la noche, para cruzar con presteza la Vega y llegar sin ser vistos á la ciudad.

Muy largo se les antojó el dia, sin embargo de ser uno de los mas cortos del año; y despues que departieron á su sabor de los trances y sucesos de aquella guerra, y que dieron reposo á sus cansados cuerpos, propúsoles Pulgar, como por via de esparcimiento, si querian cogerle por aquellos campos lo que mas habia menester. "Si flores son lo que apetece (le dijo con humor festivo Gerónimo Aguilera), dígame que es lo mismo que si pidieras cotufas en el golfo: aguardáras al menos á que ya estuviésemos en la Vega; que en aquel paraíso lo mismo nacen flores por el mes de diciembre que en otras partes del mundo por la Cruz de mayo. Mas en estos vericuetos no veo por vida mia cómo puedas satisfacer tu antojo; á no ser que te cuadre que cojamos algunas retamas, para estraer si menester fuere el veneno de las heridas."—"Acertado has, amigo: quisiera que me cogieseis algunas retamas y atochas, pero de las mas secas; porque no se trata de sacar jugo, sino de pegar fuego."—"¿Vas á pegar fuego á Granada? (le repuso Aguilera, como por via de donaire)."—"Ni mas ni menos: (le contestó Pulgar)."

Atónitos se quedaron aquellos hidalgos, sin acertar con las palabras para disuadirle de tan arriesgada empresa; que

rayaba en temeridad: mas como procurasen ponerle de bulto ante los ojos los peligros y obstáculos, les atajó Pulgar el habla, cual si no hubiese calado su intencion: "por eso os he encargado que las retamas y atochas esten secas: porque es muy de temer, como decís, que allí no huelgue el tiempo."

Desparciéronse luego los hidalgos, como si fuesen por aquellos montes á cumplir el mandato del caudillo; mas asi que le perdieron de vista, fuéronse allegando los unos á los otros; y sin haber mediado antes plática ni concierto, estaban ya conformes en no abandonar á Pulgar en aquel durísimo trance, y entrar con él dentro de Granada. "¿Qué se diria de nosotros, si volviésemos sin nuestro capitán?" (dijo con resolucion Diego de Bacna). "Antes muertos que deshonrados:" contestóle Montemayor; y lo mismo repitieron todos, haciendo promesa y juramento de sacar sano y salvo á Pulgar ó morir á su lado.

Cuando otra vez tornaron á donde los aguardaba el caudillo, halláronle embebecido en registrar los aprestos que consigo traía, un hacha de cera, alquitran, cuerda; diciéndoles al acercársele que bien podian á su vez esparcirse, si les pesaba el ocio, aparejando manojillos de hachos; "que segun sopla el viento de la sierra, mejor ha de ser esta noche que la de san Juan para fuegos y candeladas."

En estos sabrosos coloquios, cual si no les amenazase ni el riesgo mas lejano, pasaron las pocas horas que le dia les quedaban: mirando no sin satisfaccion y complacencia que el sol se iba ya trasponiendo, al paso que habia de los montes espesísima niebla.

Amparados con ella y con la oscuridad de la noche,

descendieron al llano y tomaron la via de Granada, como gente que conocia á palmos el terreno en que por tantos años habia guerreado. Esquivaban con especial cuidado pasar muy cerca de los pueblos, aun de aquellos en que habia presidio de españoles; y sin ser molestados ni sentidos, se encontraron á media noche casi á las puertas de la ciudad.

Tomaron allí aliento, redoblando las precauciones, á la par que se aproximaba el peligro: ni aun á moverse se atrevian por temor de ser descubiertos; y abocándose los unos y los otros, y apiñados en torno de Pulgar (no lejos del parage donde se elevaba una mezquita) (52), les dijo así en voz baja: "seguidme todos á la deshilada y sin perder el rastro: que es menester esguazar por esta parte el rio y reunirnos en la orilla opuesta..... Juntos en aquel sitio, con el favor del cielo, no hay mas que caminar por el mismo cauce del Dauro, si es que no viene muy crecido, ó á la lengua del agua, hasta llegar al último puente..... Allí os abrazaré, amigos míos, y allí me aguardareis."

Iba á separarse el guerrero sin dar lugar á que le replicasen; pero volvió cuidadoso á encargarles con mayor ahinco: "¿lo habeis comprendido bien? Así que cruceis el Genil, seguid siempre por la madre del Dauro..... Al abrigo del puente habeis de guareceros, resguardados con los caballos para que no os arrolle la corriente..... Y cuenta con pasar con recato y sigilo por enfrente del castillo de *Bib-Taubin*; que los moros tendrán por aquellas partes escuchas y atalayas..... Fortuna que la noche está tan negra, que ni se ven los dedos de las manos, y que el mismo ruido del agua no consentirá oír el rumor de los pa-

tos.»--“Quisiéramos al menos.....” fué á decirle Ramiro de Guzmán; pero le interrumpió el caudillo: “lo dicho dicho, y el corazon en Dios y la mand en la espada.”

Volvió á cabalgar sin demora; y colocándose delante de aquellos valerosos hidalgos, tornó á decirles al entrar ya en el rio: “todos tras mí, cuidado!.... Cortad al sesgo la corriente..... Siempre á mano derecha.....” No se volvió á oír su voz con el estruendo que formaban las ondas, que subian hasta el pretal de los caballos, y tal vez los llevaban á su pesar gran trecho; pero aquellos diestros ginetes siguieron á duras penas atravesando el rio, menos cuidadosos de sí propios que de la suerte de sus compañeros.

Al arribar á la márgen de enfrente, ya los aguardaba Pulgar, inquieto, desasosegado, preguntando á cada uno de los que llegaban: “¿Venís todos? ¿Quién falta?....” Grandísima fue su alegría cuando vió ya en salvo al postrero; y contemplando como feliz anuncio haber superado el primer obstáculo con tan buena dicha, sintió ensanchársele el corazon, y creció su confianza en la ayuda del cielo.

Por aquel mismo punto por donde desemboca el Dau-ro, encomendando al Genil sus aguas y perdiendo su nombre, entraron unos tras otros aquellos esforzados guerreros, caminando de allí adelante por el lecho del rio, para no extraviarse de la senda ni ser sentidos de los vecinos muros; bien que tal era la oscuridad de la noche y tan recio el ímpetu del viento, que aun cuando no estuviesen tan descuidados los infieles, sabiendo que el Rey Fernando se hallaba á la sazón en Sevilla, desparcida la hueste, colgadas y en suspenso las armas, mal pudieran atisbar ni oír desde los adarves á aquellos pocos castellanos, abrazados

con el cuello de los caballos, sin respirar siquiera, escondidos contra el ribazo que formaba la caja del río.

Sin el menor azar ni contratiempo llegaron hasta el último puente, y bajo el arco mismo se ocultaron, apiñados en un recodo; mas allí comenzó luego tal contienda y debate, nacido de pundonor, de amistad y de arrojo; que vió Pulgar por la vez primera desairada su autoridad y desobedecido su mandato. Querían todos acompañarle, sin escuchar razones, amenazas, ruegos: volaba el tiempo; crecía el peligro; aventurábase malamente el buen éxito de la empresa. Y en tamaño apuro y conflicto, convino Pulgar de mal grado (trabajo le costaba refrenar en el pecho la ira) en que le siguiesen algunos, pero pocos; quedando los demas por resguardo.

Trabóse entonces aun mas vivo altercado, por no querer ninguno de ellos quedar en aquel punto, reputándolo por de menos peligro; mas cuando vió Pulgar que eran vanas las súplicas é instancias, les dijo con su acostumbrada entereza: "Puesto que así pagais mi confianza, arrebatándome de las manos el triunfo, tomad también mi vida; pero os prometo y juró por lo que traigo al pecho, que ó me obedecéis al instante, ó ahora mismo doy voces para morir á manos enemigas."

La resolución del caudillo, su acento, el concepto que del tenían, heló el ánimo de los mas osados, quedándose todos ellos cual si fuesen de piedra: lo que advertido por Pulgar, aprovechó tan buena coyuntura, y les dijo con voz mas serena: "Tú, Pedro, vendrás con nosotros, como que sabes mejor las revueltas de la ciudad en que te criaste.... mira si fio de tí, y cuenta como cumples! — Tú, Bedmar, me acompañarás también; y otros cuatro, cualesquiera, los

que estais aquí á mano..... Fácil empresa, por vida mia, escoger entre vosotros á los mas valientes!»

Obedecieron todos, antes resignados que satisfechos; y deseoso Pulgar de despejar sus ánimos, les añadió para acabar de persuadirlos: «¿cómo pudiéramos ir muchos, sin que fuésemos descubiertos?... Mas nosotros habremos solo de defender la propia vida; y vosotros, amigos míos, quedais tambien en guarda de la nuestra.»

Abrazólos Pulgar uno á uno, y no sin correr en aquel momento muchas lágrimas de los ojos, si bien ninguno de aquellos hidalgos despejó, siquiera los labios; y apartándose de allí un breve trecho con los que debian acompañarle, encomendó Pulgar á su liberto que los condujese por el canal del rio, apegados al pie de las casas, de tal manera que no fuesen apercibidos y entrasen de oculto en la ciudad. Púsose el caudillo á su lado, ó bien para arrollar cualquier obstáculo que á su paso encontrasen, ó tal vez para quitarle hasta el pensamiento de faltar á la fé prometida; y con harto trabajo y peligro, el agua á la rodilla, y tanteando á oscuras la difícil senda, siguieron por la *ribera de las tenerías*, hasta que se hallaron frente por frente de una casa magnífica, de que aun quedan vestigios (53).

Treparon unos tras otros hasta la misma cresta del ribazo; y por una estrechísima calle, que apenas daba paso á un arroyo de desagüe que por ella corría (*azacaya de los tintes* la llamaban), llegaron en pocos instantes á una plaza muy reducida, pero en que parecia que se respiraba con mas desahogo, al salir del laberinto de retorcidas calles que por todas partes la cercaban.

Reinaba en aquel sitio tan profundo silencio, como si la ciudad estuviese desierta; y solo se oía de cuando en

cuando el silbido del viento que azotaba un alminar altísimo: «Aquella debe de ser la gran mezquita,» dijo Pulgar á su liberto.—«Sí, Hernando; y esa que ves en medio la puerta principal, vuelta al oriente, no lejos de la casa del Alfaqui mayor, que es aquella que allí se divisa.»

Dió algunos pasos Pulgar: y desque hubo reconocido aquellos parages, volvió en busca de sus compañeros y les ordenó que le siguiesen. Llegaron todos con el mayor silencio hasta la misma puerta de la mezquita: y arrodillándose Pulgar, encendida en la mano la hacha de cera que consigo traía, sacó del pecho un pergamino, lo besó por tres veces, y dijo así á sus compañeros: «aquí teneis mi escudo: esta empresa no es mia, es de la Reina de los Angeles.» Vieron entonces con asombro que en un fondo dorado campeaba el *Ave María*, escrito con letras azules, y debajo otras letras mas menudas, que se divisaban apenas: «Sed vosotros testigos de cómo tomo posesion de esta mezquita, en nombre de los Reyes de Castilla, consagrándola desde ahora á la Virgen del cielo, que nos ha servido de guia.»

Arrodilláronse todos, sobrecogidos de tal pasmo que les embargaba el aliento: y puesto en pie el caudillo, clavó de un golpe su puñal en la tablazon de la puerta, y dejó del pendiente aquel sagrado rótulo, con la toma de posesion. «En poder de infieles te dejamos, dulcísimo nombre de *María*: concédenos la gloria de volver en breve á rescatarte.»

Acercóse despues á otra puerta, que hacía aquella parle caía: y colocando en el quicial el hacha encendida, mandó á sus compañeros que arrimasen las retamas y atochas, para prender fuego: «no basta, amigos mios, haber

tomado posesion de la mezquita: en esta misma noche tiene de arder Granada.» Y sin perder momento, se encaminó con los suyos á un parage de allí muy cercano (de *Alcaicería* ha conservado el nombre), donde se custodiaban para el mercado los mayores tesoros del mundo en ricas telas y sedería. Llevaba Pulgar por intento reducir á cenizas aquel cúmulo de riquezas, para enconar mas y mas contra Boabdil los ánimos ya ulcerados, y apresurar tal vez la rendicion de la ciudad, mostrando hasta dónde llegaba el arroyo de los castellanos.

Mas al tiempo mismo de ir á poner por obra su desig-
nio, y como pidiese á Tristan de Montemayor la cuerda ya encendida, contestóle aquel escudero que la habia dejado en la mezquita; de lo cual recibió tanto enojo Pulgar, que en el primer arranque de la ira le tiró con la espada al soslayo, hiriéndole levemente en el rostro. «¿Qué has hecho, mal hombre? Esta noche quedaba abrasada Granada; y me has quitado la mayor hazaña que en el mundo se hubiera oido:» y al decir esto, hizo ademán de acometerle: pero poniéndose de por medio Bedmar y los otros hidalgos, dijole Diego de Baena, como único medio de calmarle: «Sosiégate, señor, y aguarda un solo instante, que fuego he de traerte para abrasar mil veces á Granada.» Y echó á correr hácia la mezquita, seguido de otros dos compañeros.

Tornaban ya con la cuerda y hachos ardiendo, cuando al revolver por la esquina del *Zacatin*, en busca de la puerta principal de la *Alcaicería*, sintieron pasos y vieron acercarse unos cuantos moros, que velaban en guarda de aquel opulentísimo barrio. Divisarlos, oir zumbir una piedra, y acometerles Baena con espada en mano, todo fue un

solo punto: gritaron los alarbes, acudieron los castellanos, trabóse entre unos y otros empuñada refriega; mas temiendo Pulgar que con aquel estruendo y vocería cayese sobre ellos una nube de moros y se alzase la ciudad en armas, gritó á sus compañeros: "por el mismo camino, amigos míos; y la espada abra paso.»

Quedóse detras el caudillo, para hacerles espalda: y á favor de la oscuridad, cada cual por la senda que pudo, llegaron á la margen del rio y se arrojaron en su cauce, como único medio de salvacion. Desde allí mismo oian la grita de los moros; y cada vez mas presurosos y azorados, huyendo de un peligro y dando en otros ciento, por entre quiebras y simas y regolfos que formaban las aguas, siguieron á ciegas la peligrosa via, con riesgo á cada instante de quedar sepultados. El sin ventura Gerónimo Aguilera cayó en uno de los noques, de que aquella ribera abundaba: y sin auxilio humano para salir de aquel estrecho, y anteviendo con horror los cruelísimos tormentos que le aguardaban, invocaba en su corazon al Dios de las misericordias, cuando oyó cercano un acento, que creyó ser la voz de Pulgar, y le clamó con mortal desconsuelo: "por Dios, Hernando, no me dejes con vida!....» Arrojóle Pulgar la lanza, sin atinar con el parage donde aquel desdichado gemia, tan cerrada estaba la noche: pero uno de los escuderos, que le seguia de cerca, tuvo mas acierto ó ventura; y con el arrimo del asta, tras uno y otro esfuerzo, casi ya sin aliento y sin vida, salió Aguilera á salvo, y corrió desalentado en busca de sus compañeros.

Los que en el puente se quedaron, habian acudido solícitos, para amparar á sus amigos: salíanles al encuentro, les prestaban ayuda, los recibian en sus brazos; á cada uno

que llegaba, daban gracias á Dios; pero crecia su afán y su angustia por los desventurados cuya suerte ignoraban. Llegó Pulgar uno de los postreros; y cuando se vieron reunidos cuantos le habian acompañado, sintieron tal gozo en el alma, y creció á tal punto su confianza y aliento, que al pronto no pensaron en el riesgo que allí corrian; desgastadas las fuerzas con la humedad, el frio y el cansancio, pocos ellos en número, acorralados en estrecho recinto, y á las puertas de la ciudad.

“No hay que perder momento (les dijo al fin el prudente caudillo); y ya que Dios nos ha sacado con bien de tan aventurada empresa, no perdonemos afán ni diligencia hasta vernos en salvo.”

Al decir esto ya estaba cabalgando Pulgar; y lo mismo hicieron los demas guerreros, encaminándose tras él por el cauce del rio. Inutil era ya el silencio, inutil el recato: la salud estaba en la presteza. Oian la algazara y estruendo que resonaba en la ciudad; repetiase de torre en torre la grita y vocería; y de un instante á otro veian venir en su seguimiento á un tropel de enemigos.

Pero quiso su buena dicha que así no aconteciese; que tal es el privilegio de las empresas extraordinarias; llevar en su magnitud misma la fianza del buen éxito. No podian imaginar los moros que hubiesen penetrado unos pocos cristianos dentro de la ciudad; y no en parage retrahido, con miedo y á hurtadillas, amparados de las tinieblas, sino en el barrio mas rico y populoso, por en medio de guardas y custodias, llevando los mismos agresores teas encendidas en la mano. Así no es maravilla que creyesen al pronto los alarbes que en aquel suceso se escondia alguna trama de gente descontenta, que viendo mal apagadas las

cenizas de la guerra civil, trataban de encenderla de nuevo, provocando á media noche disturbios y desdichas.

Los mismos que habian tropezado con los tres escuderos, si bien extrañaron al pródigo el hábito y arreos, apenas daban crédito á sus ojos, y dudaban de lo que habian visto; corrian de boca en boca mil rumores diversos; el pavor, la sorpresa, el recordar repentinamente del sueño, el arrojo en unos, el pavor en otros, el desaliento en todos, acrecentaban la confusion; y tardóse larguísimo espacio hasta que se supo en la ciudad el rótulo que habia aparecido en la puerta de la mezquita, clavado al parecer por manos castellanas.

Ni aun así lo creyeron muchos; y no faltó quien juzgase mas verosímil (tan suspicaces y recelosos se vuelven los ánimos con los escarmientos de la guerra civil) que aquellas voces se difundian de industria, para malquistar con el pueblo á Boabdil *el desventuradillo*; mostrando tan cercano á cumplirse el pronóstico de su estrella, cuanto que ya habian pisado cristianos el suelo de Granada.

Como quiera que fuese, arreciaba por momentos el bullicio, el tumulto, el escándalo en la ciudad; corrian de tropel á las armas; gritaban por todas partes á la traicion y alevosía; demandaban que se mostrase el Rey... Bajó al fin de la Alhambra, ocultando apenas en el pérfido rostro su inquietud y desasosiego: temia á los extraños, á los propios, á su misma sombra; condicion de tirano.

Sosegóse al cabo el tumulto, sin que corriesen arroyos de sangre, como muchos con razon temieron; pero quedó tan vivo el recuerdo de aquella alteracion y escándalo, no menos que de la rara causa que lo habia promovido, que muchos años adelante, cuando ya se hallaban los

cristianos en pacífica posesión de Granada, repetían los ancianos de la tierra, cual si acabasen entonces de ser dello testigos, los acontecimientos y azares de aquella noche de tribulación (54).

Mientras andaba la ciudad tan confusa y revuelta, alejábanse de ella Hernando del Pulgar y sus compañeros, corriendo á brida suelta, así que salvaron uno y otro río y se vieron libres en el campo. Como una exhalación cruzaron aquel llano espacioso; y al romper el alba, viéronse ya seguros al abrigo de la fortaleza de Alhendin (recobrada pocos meses habia), si bien estenuados de fatiga, arreducidos de frio, los caballos hijadeando, sin poder sustentarse en pie.

Lo que allí pasó no es para contado: baste decir que á duras penas pudieron Hernando del Pulgar y los suyos desasirse de los brazos de sus amigos, y tomar á la mañana siguiente el camino de Alhama. Habian corrido voces en esta ciudad de que Pulgar se habia ausentado, apercibido en secreto para alguna empresa; mas por acostumbrados que estuviesen á verle acometer las mas árduas y peligrosas, á nadie le pasó por el pensamiento que hubiese logrado penetrar dentro de Granada. Sueño les parecia, cuando despues lo oyeron; demandabanlo una y otra vez; inquirian hasta la menor circunstancia; teníanlo á portento: únicamente el modesto caudillo parecia no conocer el precio de tan grande hazaña (55).

Llegó el rumor á oídos de los Reyes, y apenas se atrevieron á darle crédito; mas cuando despues tuvieron la certísima nueva, empeñaron su palabra y fé real á los quince escuderos, que habian acompañado á Pulgar en aquella demanda, de darles haciendas y bienes en la mis-

ma ciudad de Granada, así que con la ayuda de Dios se viese reducida á su servicio. De la mano misma de tan esclarecidos monarcas está rubricada la Real Cédula, que al efecto mandaron darles; y para perpetuar la memoria de aquellos hidalgos, los mencionaron uno á uno por su propio nombre... como si algo bastase contra la ingratitud y el olvido! (56).

Aun mas cumplidas mercedes, y en términos mas lisonjeros, ofrecieron aquellos príncipes á Hernando del Pulgar, como quiera que habia sido el alma de la empresa; "poniendo á gran riesgo y peligro su persona... causando grande alboroto y escándalo en la ciudad... y debiéndose tan fausto suceso á la bondad divina y á su buen esfuerzo y valor." En recompensa de esta hazaña, "é por otros muchos é buenos é continuos servicios," que habia hecho Pulgar á los Reyes (como ellos mismos se complacieron en recordárselo), le ofrecieron heredades y haciendas en Granada, en cuanto se redujese al poder de Castilla; y para mas honrarle, con una merced única y á ningún otro caudillo concedida, le prometieron que en la catedral que se labrase sobre las ruinas de la mezquita, tendria el privilegio de "*asiento y honrada sepultura*" (57).

Andando luego el tiempo, y en vida todavía del insigne caudillo, ensanchó el emperador Carlos V la merced otorgada por los Reyes Católicos; y como se hallaba á la sazón aquel excelso Príncipe en la ciudad de Granada, donde por todas partes resonaba la fama de Pulgar, y de sus clarísimos hechos, le dió mas de un solemne testimonio, para encomendarlos á la posteridad (58).

A mas de estos títulos irrefragables, custodiados en el archivo de tan ilustre casa, del testimonio de los historia-

dores, de las sentencias de los tribunales, de la tradición no interrumpida por espacio de mas de tres siglos, aun subsiste en pie un monumento, que pone de bulto ante los ojos la memoria de aquella hazaña; tan singular de suyo y portentosa, que bien ha menester en su abono tantas y tantas pruebas, para no confundirse con los mentidos hechos de los libros de caballería. En el mismo parage en que estaba situada la puerta principal de la gran mezquita, y donde se eleva hoy dia con grave magestad y grandeza el panteon de los Reyes Católicos, se halla apegado contra el muro un cuadro antiquísimo, en que se ven pintadas las armas de Pulgar, la mezquita y el hacha ardiendo (59): otro semejante se ve en el retablo de la capilla de los Pulgares, empuñando el blandon una mano, cubierta con manopla de hierro (60); y como si no se fiase bastantemente del lienzo y sutil tabla, para transmitir á los siglos la fama de aquel hecho, tambien se labró en duras piedras, y se puso á la sombra de los altares (61).

Edificóse la capilla en vida de Pulgar, y en el mismo parage en que tomó posesion de la mezquita (como lo expresa un antiguo rótulo, que en el propio retablo se conserva) (62): cae á la parte de oriente, y está situada en el confin de tres templos magníficos, junto á los muros de la catedral, pero sin estar encerrada dentro de su recinto: de donde ha provenido sin duda que se diga de antiguo en Granada, á manera de proverbio y no sin puntas de donaire: "*se quedó como Pulgar, ni dentro ni fuera.*"

Volviendo ahora á las cosas de la guerra, ya dijimos como la habia dejado en suspenso el Rey don Fernando, por lo crudo de la estacion, y para venir tan bien apercebido á la primavera siguiente, que no dejase á la ciudad

ni asomo de esperanza. Y como quiera que se proponia quebrar poco á poco sus fuerzas, hasta que enflaquecida y exánime se postrase á sus plantas, trajo consigo el Rey tan numerosa hueste, y tantas máquinas, ingenios y pertrechos de guerra, cual no se habia visto cosa igual en España, de memoria de hombre viviente.

Floridos estaban ya los campos con las lluvias de abril, cuando desembocó en la Vega el ejército de Castilla (63); asentando el Rey las estancias en el tendido llano, no lejos de la Sierra de Elvira, junto á un manantial abundantísimo (64), frente por frente de Granada. Aparecia desde allí la ciudad extendida entre jardines por uno y otro monte, á manera de anfiteatro; allá á lo lejos la blanquísima Sierra, y en el ámbito inmenso que abarcaba la vista, pueblos, lugares, alquerías, en medio de frescuras y de sembrados.

Embebecida contemplaba la hueste aquel cuadro magnífico, en tanto que los caudillos mas famosos, allegándose comedidos al Rey, parecian incitarle con sus miradas á coronar cuanto antes sus triunfos con la toma de ciudad tan insigne. Empero el cauto Príncipe, si bien con ánimo resuelto de no alzar mano de la empresa hasta llevarla á cabo, temia á par de muerte derramar sin provecho ni fruto la sangre mas preciada de sus reinos; y antes que del ciego impetu y el temerario arrojó, esperaba el vencimiento del tiempo y la constancia.

Contínuos fueron los reencuentros, las escaramuzas y combates en los términos de la Vega; cual si en el ancho circo que forma la cadena de montes, se fuese á decidir para siempre la suerte del poder mahometano. Mas cuando llegó á las estancias la excelsa Reina de Castilla, rodea-

da de sus damas, la flor de la discrecion y de la hermosura, subió á tal punto la impaciencia de los guerreros por coger nuevos laureles á la vista de sus amores y en presencia de la augusta Princesa, que se tenia por de menos valer el caballero que no retaba cuerpo á cuerpo á algun valiente moro.

No rehuian estos por su parte hacer campo con los cristianos: aguijábanlos á la par la honra, la venganza, el desprecio; peleaban á las mismas puertas de su patria, por su religion, por su hogar, por sus esposas, por sus hijos; y antes que presenciar su cautiverio y muerte, ó llevar á regiones extrañas el torcedor de tantas penas, anteponian mil veces expirar en la tierra donde habian nacido.

Mal podia permanecer Pulgar ocioso y sosegado, cuando de cada hora veia con sus ojos á los capitanes mas ilustres provocar en campo abierto á los infieles, y volver á ofrecer á sus damas trofeos y despojos: y cual si fuese á algun vistoso alarde ó á quebrar una lanza en un torneo, salia frecuentemente de los reales cristianos y se enderezaba á la ciudad. Conocianle ya los moros, al divisarle desde los adarves; y cuando descubrian de mas cerca la armadura de bruñido acero con ricas labores de oro, y el penacho de plumas blancas, encarnadas y azules, sobre el crestón de la celada (65), comenzaba en la ciudad el desasosiego, el murmullo, y se apercebían los valientes á medir con él sus armas.

Ni uno solo hubo de ellos que no pagase con la vida su temerario arrojo; porque tal era el valor de Pulgar, su destreza en las armas, su confianza en el favor del Cielo, que así peleaba y combatía cual si estuviese ya seguro del triunfo; habiendo salido vencedor en mas de diez batallas singulares (66).

Deshacíase el Rey don Fernando mientras uno de sus guerreros estaba peleando cuerpo á cuerpo en medio de ambos campos, expuesto al ímpetu enemigo y á los azarcs de la suerte: y al ver que se repetían aquellos retos y combates con sobrado riesgo y escasa utilidad, hubo al fin el buen Príncipe de poner á raya el valor de los suyos, prohibiendo con rigurosas penas salir sin su permiso y beneplácito á hacer campo con los infieles.

Si el severo mandató del Rey causó desplacer á aquellos valientes, por mas que sellase sus labios respetuoso silencio, harto fácil es de concebirse, conociendo la índole y condicion de aquellos generosos caballeros, que reputaban como perdido el dia en que no combatían por su patria. Ni podían sobrellevar con buen ánimo hallarse tan cerca de Granada, casi tocarla con la mano, y ver ondear la media luna en sus alcázares y torres: así es que cuando les deparaba la suerte venir á las manos con los infieles, cebábanse en ellos con tal ímpetu, que mas de una vez los arrollaron hasta los muros de la ciudad.

Reducida á su propio recinto, asolados los campos, escasos los mantenimientos, la esperanza por tierra, los ánimos discordes, vió con terror y asombro levantarse como por encanto una ciudad rival, enemiga, amenazándola casi á sus mismas puertas: y desde aquel momento pudo en verdad decirse que habia llegado el plazo de la reduccion de Granada.

Por espacio de dos meses cumplidos duraron entre la ciudad y el campo cristiano las pláticas y conciertos, ya rotos de improviso, ya anudados de nuevo, segun el flujo y reflujó del temor y de la esperanza: descaecidos los ánimos de los sitiados para empuñar de nuevo las armas, y

temerosos de encomendar sus haciendas, su libertad, su vida, á la incierta fé de los vencedores; estragada la hueste, el pueblo inquieto y sediento de sangre, Boabdil tímido, irresoluto, sin osar morir como rey ni desasirse de la corona.

Mediaron en los tratos del entrego personas de gran cuenta; señalándose muy principalmente Fernando de Zafra, Secretario de los Reyes Católicos, y el famoso Gonzalo de Córdoba, cuyo valor y generosas prendas infundian hasta á los mismos enemigos respeto y confianza. Mas si aparece como cosa asentada que tambien intervino Pulgar en aquellos conciertos (nueva prueba y testimonio del concepto que á su Rey merecia), no me ha sido posible averiguar la parte que en ellos le cupo, aunque sí la certeza de tan señalado servicio (67).

Al fin abrió sus puertas la ciudad de Granada, tras diez años de asedio, de talas, de combates, despedazada por la guerra intestina, mal defendida por sus príncipes, abandonada de propios y de extraños, cediendo á la feliz estrella de los Monarcas de Castilla.

Con el allanamiento y entrega de ciudad tan famosa, vió terminada España la dura servidumbre de ocho siglos, robustecido el ánimo y los miembros en tan prolongada contienda, para acometer las grandes empresas que le deparaba el destino; mas como fuese necesario ante todas cosas afianzar la paz y sosiego del reino, no habiendo mucho que fiar de una ciudad apenas reducida, mudable el pueblo, los ánimos rebeldes, las armas á la mano, determinó el cauto Rey Fernando encomendar la guarda y defensa de Granada á veinte y cuatro capitanes, hombres todos de gran hecho en la guerra, capaz ca-

da uno de ellos de mantener en sujecion un reino.

A Hernando del Pulgar le fiaron la *Puerta de Batramayon*, (de que no queda rastro ni vestigio) situada al poniente; hácia aquella parte en que se descubria uno de los brazos ó ramales del Dauro, que hasta allí corria soterrado, abasteciendo á la ciudad de saludables aguas (68).

Encomendaron igualmente al mismo caudillo, como en memoria y recompensa de su mayor hazaña, que velase en custodia del barrio de la mezquita principal, uno de los mas importantes por su poblacion y riqueza; dejando bajo su mando y capitaneo un buen golpe de gente, de la que habia acudido á la conquista desde Jerez de la Frontera (69).

A pesar de estas y otras precauciones, dignas de la prudencia de tan esclarecido Príncipe, y de haber confiado las riendas del gobierno de la ciudad á un conde de Tendilla, espejo de caballeros, tan generoso y clemente en la paz como bizarro en los combates, á un Fr. Hernando de Talavera, cuyo nombre recuerda la caridad y mansedumbre de los primitivos Apóstoles, y al mismo Secretario de los Reyes, Hernando de Zafra (que habiendo sido el alma de los tratos de paz, quedó como medianero entre los vencedores y vencidos), era muy de temer, y la experiencia lo confirmó harto en breve, que no prevaleciesen largo tiempo en Granada la quietud y sosiego; sobrellevando los rendidos con mal ánimo la reciente coyunda, suspicaces de suyo y recelosos, inquietos, desabridos, sin mas prenda ni fianza que promesas y pactos... débil escudo contra los poderosos.

La misma desconfianza de los moros aumentaba los temores, las sospechas, la ojeriza de los castellanos; po-

cos ellos en número, en medio de una ciudad tan populosa, la mayor parte de la hueste cristiana compuesta de gente allegadiza, fácil de desmandarse; dos pueblos enemigos apiñados en el mismo recinto, y diferentes en religion, en habla, en leyes, en costumbres; vengativos los unos, como esclavos; ensoberbecidos los otros, á fuer de señores; conociendo entrambos, por un secreto instinto, que no cabia entre ellos paz, concierto ni tregua, sino una guerra de exterminio.

Pocos años habian transcurrido, despues de la toma de Granada, cuando empezaron á notarse aun dentro de la misma ciudad síntomas de desasosiego, que indicaban para un plazo mas ó menos remoto cruelísima contienda; pero lo que avivó hasta lo sumo estos temores, siendo ya como anuncio de la desolacion y desdichas que habian de llorarse algun dia, fue el ver cuán facilmente habia cundido el fuego de la rebelion en las sierras de la Alpujarra, formadas por la misma naturaleza como refugio y baluarte, montes á perderse de vista, precipicios, derrumbaderos, sendas intransitables, por respaldo el mar, y el Africa á la mano.

Al primer asomo de peligro, acudió solícito el Conde de Tendilla, antes que cundiese el incendio, como quiera que conocia la condicion de aquella tierra (la *renci-llosa* llamábanla los moros) áspera y fragosa de suyo, y los ánimos libres, levantados, duros como las mismas sierras. Dejó á buen recaudo la ciudad, por lo que sobrevenir pudiese; y fiando el buen éxito de la celeridad y presteza, se encaminó á las Alpujarras, seguido de un tercio de gente mas escogido que numeroso, y á su lado dos capitanes tan insignes como Gonzalo Fernandez de

Córdoba y Hernando Perez del Pulgar: buenos brazos.

Los pueblos que primero se habian sublevado, y cuya reduccion más urgía, eran los de la *Taha ó comarca de Orgiba*; terreno fértil, aguas abundantísimas; pueblos ricos, briosos, indóciles al yugo, ufanos de tener en su mano las llaves de las Alpujarras. Corrió allí el de Tenedilla y aposentóse en Guejar, uno de los pueblos mas desmandados; allanando con su prudencia antes que con el rigor de las armas toda la tierra á la redonda. Mas al llegarle nueva de que permanecian alzados los moros de Mondujar, (lugar menos famoso por su poblacion y riqueza, que por haber dado asilo á Muñey Hacen, el Rey viejo, cuando se vió deshauciado por la fortuna), ordenó el Conde á Hernando del Pulgar que partiese sin pérdida de instante, acompañándole muy pocos caballos y peones.

Aun no habia dado vista al pueblo, y ya divisó Pulgar un tropel de cristianos, viejos, mugeres, niños, que huian despavoridos de la furia de los infieles; abandonando sus haciendas y hogares á trueque de redimir las vidas. Desierto habia quedado el pueblo, sin un alma viviente; y recelosos los moros, se habian encastillado por mayor seguridad en la iglesia.

Apenas lo supo Pulgar, ordenó á los soldados que se quedasen á la entrada del pueblo recogidos en una casa; pero apercebidos y prontos para lo que menester fuese: y con aquel ímpetu y arrojo que tan propios le eran, arrojando sereno los mayores peligros, se adelantó hasta donde los moros se hallaban y les hizo señales de paz.

Maravillados se mostraron al ver la seguridad y confianza con que se presentaba aquel castellano, solo, sin

defensa, poniéndose casi en manos de sus enemigos; pero sin darles tiempo á que volviesen de su admiracion y extrañeza, propúsoles Pulgar con afables razones que saliese afuera el moro de mas cuenta, el que hiciese de caudillo de aquella gente; puesto que en ello nada aventuraban, y antes tenia por cierto que de aquella plática podia seguirseles mas bien del que creian.

Vino en ello el alcaide, tal vez menos propenso á escuchar palabras de paz que curioso de saber lo que el castellano intentaba decirle; y abocándose los dos, á pocos pasos de la iglesia y á la vista misma de los moros, empezó Pulgar á persuadirle que desistiesen de su loco empeño, acogiéndose á la sombra de la clemencia, antes que cayese sobre ellos el brazo del castigo. Le informó cumplidamente de como los demas pueblos se habian allanado; Granada permanecia tranquila, la huerte castellana enseñoreada de aquellas sierras, las esperanzas de socorros de Africa se habian desvanecido como el humo.... ¿Qué podian ellos, solos, encerrados entre cuatro paredes, condenados á perecer sin provecho ni gloria?

Por mas que hizo el caudillo, como á quien le dolia el inútil derramamiento de sangre, no pudo acabar con el alcaide que se diese á partido; recibiendo de ello tanta indignacion, que sin reparar en el riesgo que alli corria, le aferró Pulgar con la mano, y poniéndole un puñal al pecho, le dijo en alta voz: "*ó se rinden ó mueres.*"

Pasmóse el moro, sin saber lo que le acontecia; y á tiempo que ya titubeaba, vuelto el rostro y el ánimo á los suyos para empezar á hablarles, los vió salir

en su defensa. "Ahí le teneis!" les gritó Pulgar, en-
vainándole el puñal en el pecho y arrojándoles el cadá-
ver; y en aquel mismo instante sacó la espada y empe-
zó á retraerse, acosado del tropel de enemigos.

No fue poca ventura que viniesen en su socorro los
castellanos que allí cerca se hallaban; pero viéndose tan
escasos en número, cierta su perdicion si salian al cam-
po, y sin poder hacer rostro á la turba que los perse-
guia, encerráronse como postrer refugio en la misma ca-
sa de donde salieron.

Ahullidos, que no voces, parecian los gritos de los
moros, sedientos de la sangre cristiana; y tan alborozá-
dos é impacientes se mostraban al ver á Pulgar dentro de
aquel recinto, como los cazadores de Africa cuando ven
al leon preso ya entre sus lazos. Lástima y horror dá con
solo imaginar, al cabo de tres siglos, lo que pasaria por
el ánimo de aquellos infelices cristianos, sin mas defensa
que frágiles tapias de tierra; pocos ellos y las armas es-
casas; sin sustento, sin agua, los suyos de allí lejos, los
enemigos á la puerta, amenazándoles con la voz, con el
gesto, aprestando á su vista los tormentos mas rudos.

En aquel amargo conflicto ostentó Pulgar, quizá con
mas grandeza que en los demas trances de su vida, el
temple de su alma. Él alentaba á los suyos, proveia á
la comun defensa, acudia á todas partes: no disimulaba
el peligro; pero lo afrontaba sereno; "muramos, amí-
gos mios, si Dios asi lo ha decretado; pero muramos
como quien somos, vendiendo caras nuestras vidas."

Y él propio daba ejemplo, arrojando contra los mo-
ros piedras, leños, cuanto podia causarles daño; sin de-
jarles acercarse á las puertas, como mas de una vez lo

intentaron, para prenderles fuego y apoderarse de su presa en medio de las llamas. En este peligro y desconsuelo los sorprendió la noche, que mas larga ni mas angustiosa no la vió hombre nacido; aguardando la muerte de un instante á otro, amenazados del fuego, del hierro, de la hambre; oyendo las amenazas de los enemigos, y de cuando en cuando los golpes con que intentaban horadar las paredes.

Solo á la vigilancia de Pulgar, á su denuedo y entereza, se debió que en aquella tristisima noche no cayesen los cristianos en poder de aquella gente fiera; mas tan rendidos y postrados se hallaban al apuntar el alba, que era cierta, segura, inminente su perdicion: aquel dia, desdichados, era el último de su vida.

No lo permitió el cielo: al encerrarse los cristianos dentro de la casa, habiase escapado por fortuna uno de ellos; ó bien porque anteviese que allí no cabia humanamente esperanza de salvacion, ó bien le punzase el deseo de ir á buscar socorro en favor de sus compañeros. Ello es que el mismo temor le dió alas; y corriendo por aquellas sierras hasta encontrar al Conde de Tendilla y á Gonzalo de Córdoba, los hizo sabedores del penoso conflicto en que Pulgar y los suyos se hallaban; no habia que perder un instante: tal vez á aquella hora ya habrian perecido, y con un linage de muerte tan lentó como bárbaro. Ordenó el de Tendilla que en el mismo punto volasen á su socorro cien soldados del campo, sueltos de pies, briosos, prácticos en la tierra: en tanto que el mismo conde y Gonzalo de Córdoba iban siguiendo sus pisadas, con una banda de gente escogida. Los adalides y corredores, por trochas, por atajos, salvaron una y otra montaña, cerrada

ya la noche, entre quiebras y precipicios, exponiendo la propia vida por librar á sus compañeros; y tan buena diligencia se dieron, que llegaron á dar vista á Mondujar, al primer albor de la mañana.

Nó los aguardaron los moros: que apenas vieron ahumadas en los cabezos de las sierras, y fueron advertidos por los suyos de que se acercaban cristianos, tentaron el último esfuerzo para tomar de rebate la casa y entrarla á fuego y sangre; mas rechazados por Pulgar y su gente, perdida la esperanza, y bramando de ira, comenzaron de allí á poco á alejarse, si bien lentamente y con pena; como se alejan de un redil los lobos, cuando ven al clarear el día que acuden los pastores de la comarca (70).

Apenas tuvieron tiempo los cristianos que del campo venian y los que en la casa se hallaban, para abrazarse y darse el parabien; porque tan encendida tenian la voluntad en deseo de venganza, que á pesar del cansancio y sobrealiento, no menos intentaron que seguir el alcance á los moros; mas como gente esta avezada á enriscarse por aquellas sierras, mas ligeros que gamos, desbandáronse por los montes, y en breve se perdieron de vista.

Reunidos el conde de Tendilla, Gonzalo de Córdoba y Hernando del Pulgar, dejaron presidio en la tierra, y se tornaron la vuelta de Granada; complacidos y satisfechos de haber apaciguado tan presto aquel comienzo de rebelion; amago ya y precludio de la que años adelante habia de abrazar todo el reino.

A poco tiempo de allanada la comarca de Orgiba, hallándose un día Pulgar en los alcázares de la Alhambra, llamóle á su presencia el conde de Tendilla, alcaide de aquella fortaleza, en la cual habia tremolado, el día de la

toma de la ciudad, el glorioso pendon de los Reyes. Principió por manifestarle la alta estima y aprecio en que aquellos Príncipes tenían los muchos y muy señalados servicios que Pulgar les habia prestado; *y yo he sido dello buen testigo* (le añadió el conde con hidalga cortesanía), *desde la defensa de Alhama hasta el último trance de Mondujar.....* “De que vos, señor, me librásteis,” le repuso Pulgar.

“Dios y vuestro buen esfuerzo os han librado solo; que no habeis menester ayudas ni valedores para salir airoso de mayores empresas. Pero como quiera que sea, á mí me cupo la dicha de ser el primero que galardonase vuestro merecimiento, haciéndoos en Alhama los dones y mercedes que confirmaron los Reyes de buena voluntad. Mas acontece ahora, que siendo menester traer á aquella tierra nuevas gentes y pobladores, como prenda de seguridad y sosiego, cumpliera mucho al servicio de SS. AA. (y así me ordenan deciroslo en su nombre), que devolviérais para repartirlos los heredamientos y bienes que entonces se os dieron, si es que venís en ello de buen grado.....”

“¡Qué decís! La Reina, mi señora, puede disponer de mi vida, cuanto mas de mi hacienda; y me habeis lastimado (escusadme esta queja) con solo demandármelo.” — “No os lo demandaba, honrado Pulgar, dudando de vuestra respuesta; que bien conocidas tengo vuestra lealtad y generosas prendas: quise meramente mostraros, tal cual era, la voluntad de la Reina. Por condicion expresa, digna de su gran ánimo, exige que presteis para ello vuestro consentimiento; dejando á vuestra libre voluntad y alvedrío la compensacion que se os deba en cambio de aquellas mercedes.”

Encendiósele el rostro á Pulgar, al oír estas palabras:

que tanto se preciaba de caballero, que casi creyó que empañaban su fama con solo proponerle que pidiese satisfaccion y pago, antes de soltar de la mano lo que ya poseia. Mas dueño de sí luego, y temeroso de que se atribuyese á resentimiento y despique lo que era meramente nacido de su misma lealtad y pundonor, manifestó en sustancia al de Tendilla: que todos sus pasados habian guerreado como él, sin recibir por ello tan cumplidas mercedes; que los Reyes, sus señores, le habian recompensado tan liberalmente, que mal pudiera él satisfacer tan grande deuda, aun cuando derramase en su servicio la última gota de su sangre; y que solo les demandaba en gracia (cuenta, señor, que asimismo se lo digais á SS. AA.), que aceptasen aquellas tierras y heredamientos con la misma buena voluntad con que Pulgar se las devolvía.

Echóle los brazos al cuello, sin poder contenerse el buen conde; no sabiendo qué admirar mas, si la índole generosa de Pulgar, ó su valor en los combates; y despues que se hubo desahogado algun tanto, dándole una y otra muestra de singular aprecio, volvió á anudar con arte la interrumpida plática, si bien con escasa esperanza de recabar lo que pretendia. «¿Es posible (le dijo al fin, y con ciertos visos de impaciencia) que tan poco puedan con vos el deseo de una esclarecida Princesa y el ruego de un amigo? No os creí, á fé de Mendoza, tan tenaz en vuestro propósito.» — «Segun eso no sabeis el antiguo blason de los míos: *El pulgar quebrar y no doblar.*»

Sonrióse el conde, que era, como todos los de su linage, no menos entendido que bizarro; y queriendo tantear por vez postrera si lograba de alguna suerte reducirle, mostró darse ya por yencido, y le dijo con cierto desmayo y tibie-

za: "puesto que no hay manera de torcer vuestra voluntad, haced, Hernando; lo que mas os plazca; solo debo advertiros, que segun lo que colijo de las expresiones de la Reina, será vano vuestro ofrecimiento: S. A. no recogerá los dones que ya hizo, sin que acepteis otros en cambio."

Quedóse callado Pulgar, como quien no esperaba que en tal estrecho le pusiesen; mas recobrando en breve su serenidad, clavó los ojos en el ilustre caudillo, y le dijo estas meras palabras: "de Dios está, por vida mia, que habeis de vencer siempre." — "Y mas me huelgo de este triunfo que de haber escarmentado á los moros." — "Pero no creais que me entrego á merced; sino con pactos y condiciones." — "¿Teneis mas que dictarlos vos mismo?" — "Una cosa demando en pago; y decid de mi parte á SS. AA. que no tomo ni mas ni menos." — "Yo os lo ofrezco en su nombre: ¿qué demandais?" — "*Los molinos de Tremecen.*"

"Donoso estais (le dijo el de Tendilla, despues de mostrarse suspenso unos breves instantes): ¡á los Reyes de Castilla pedís que os concedan molinos en África!" — "¿Pues hay mas que ganarlos (le repuso Pulgar)?" — "No dudo que algun dia lleguen allá los españoles; ¿mas, y si tarda el plazo?....." — "Si no tomo posesion dellos, la tomarán mis hijos."

En los miserables tiempos que alcanzamos, apocados los ánimos y enmohecidos con el vil interés, casi miramos con sonrisa de lástima la extraña demanda de Pulgar, cual si ya frisase en locura; pero en aquella era de gloria y de heroismo, se creían los españoles, como los antiguos romanos, destinados al imperio del mundo.

Acogieron los Reyes con afable benevolencia la generosa oferta del caudillo; y le otorgaron en cambio la merced que pedia, en términos tan lisongeros, que no los trocára

Pulgar por todos los tesoros de la tierra. "E vos con mucho celo é amor á nuestro servicio (le decian en su carta los príncipes), nos volvísteis dichos heredamientos, que nos vos habiamos dado en remuneracion de muchos gastos que aviais fecho de vuestra propia hacienda; é en alguna enmienda de vuestros muy señalados servicios, é nos pedísteis que en pago, equivalencia é satisfaccion dellos, vos ficiésemos gracia é merced de todos los molinos que son é por tiempo fueren en el reino de Tremecen, en Africa, lo que en buen hora se reduzca á nuestro servicio...."

Prosigue despues la Real Cédula haciendo como alarde y reseña de los esclarecidos hechos de Pulgar; en remuneracion de los cuales, y en pago de los bienes y heredamientos que devolvía, le hicieron los Reyes merced, para él y sus sucesores, de los molinos de la ciudad y reino de Tremecen, *desque en buen hora se ganen*. Así decian aquellos magnánimos monarcas, aceptando el favorable agüero. (71).

El emperador Carlos V, en cuyo glorioso reinado no cabia que se desvaneciesen aquellas esperanzas, ratificó la gracia hecha por los Reyes Católicos, confirmando á Pulgar y á sus descendientes la propiedad de los molinos de Tremecen, para cuando aquella ciudad se ganase; y á petición del mismo Pulgar, que tenia en sumo precio tan honroso título, le otorgó que se incorporasen perpétuamente en el mayorazgo del Salar, quedando vinculados en su casa (72).

Lo mas singular es (como si hubiese querido la suerte satisfacer en alguna manera el gallardo presentimiento de aquel caudillo), que á pocos años de acaecido su fallecimiento, su hijo Hernan Perez del Pulgar, que habia heredado del padre el denuedo y el nombre, acompañó con

trecientas lanzas al famoso conde de Alcaudete; en varias expediciones contra el África; y habiéndose apoderado de la ciudad de Tremecen, requirió Pulgar al conde, haciendo valer los títulos con que habian honrado los Reyes su linage, á fin de que en su cumplimiento le hiciese formal entrega de los molinos de aquel reino. Escusóse el conde de hacerlo, como quiera que se disponia á sentar otra vez en el trono, si bien como tributario del Rey de Castilla, á uno de los mezquinos tiranuelos que entre sí disputaban la presa (73); mas poco satisfecho Pulgar de la no esperada repulsa, y para que en ningun tiempo se creyese menoscabado su derecho, tomó posesion de los molinos delante de testigos valederos, haciendo plena informacion dello, así que volvió á España (74).

Tambien ha quedado en Granada la fama y tradicion de que luego despues, por larguísimo tiempo, al principio de cada año se sacaban á pregon y puja los molinos de Tremecen, delante de la casa de los Pulgares, como en reconocimiento de propiedad y para perpétua memoria (75).

No sé si me seduce el entusiasmo; pero la cesion que hizo Pulgar de tierras, casas, bienes, conquistados á punta de lanza, sin aceptar en cambio la menor recompensa, es tal vez á mis ojos el rasgo mas glorioso de su vida: y al ver tan bizarro desprendimiento, tal grandeza de alma, á la par de tanto denuedo, no parece sino que vemos revivir en él uno de aquellos héroes de la antigüedad, dignos del pincel de Plutarco.

Por cuya razon causa mas desconsuelo el contemplar que aquel es el último de sus claros hechos, de que haya quedado memoria; siendo así que el insigne caudillo se hallaba á la sazón en su mayor vigor y lozanía, y que el

cielo le concedió despues largos años de vida. Pero por mas esmero y diligencia empleados al efecto, no ha sido posible rastrear lo que Pulgar hiciera, desde poco despues de la conquista de Granada hasta que se verificó su muerte (76). Mas de una vez me ha pasado por el pensamiento si hallándose en Andalucía, siendo compañero de armas y amigo de Gonzalo de Córdoba, y tan dado por inclinacion y por costumbre al ejercicio de las armas, acompañaría á aquel caudillo en las guerras de Italia; pero en ninguna crónica, de las que han trasmitido á la posteridad la memoria de aquellos hechos, he encontrado siquiera el nombre de Pulgar; y cierto que si se hubiera hallado en tan célebres batallas y conquistas, bajo el mando del Gran Capitan y al lado de un Garcia de Paredes y otros soldados de prez y nombradía, no era posible que quedase confundido entre la muchedumbre, sin dar buena cuenta de su persona, quien tales hazañas obró en la conquista de Granada.

Tambien es cosa extraña que en un tiempo en que á todos los guerreros de Castilla les latia el corazon con el anhelo y ansia de ir á vengar en Africa la larga servidumbre de su patria; cuando en el mismo reino de Granada, y en la ciudad de Loja (77), y alguna vez bajo el calor y amparo del famoso Gonzalo de Córdoba (78), se apercibian los tercios que habian de llevar el pendon de la cruz á aquellas bárbaras regiones: Pulgar, aquel Pulgar que por tantos años habia guerreado contra los infieles, corriendo cada dia tras nuevos peligros y lauros, permaneciese tranquilo en sus hogares, viendo ociosas y colgadas sus armas. Sea de esto lo que fuere, solo sabré decir que he hallado un mero indicio de que tal vez pasó Pulgar en Africa,

cuando al nacer el siglo décimosesto se trababa la larga lucha que habia de costar tanta sangre; pero ni hay certeza del hecho (79), ni consta la menor circunstancia, ni menos cumpliera á su gloria andar á la rebusca de servicios livianos y dudosos, cuando la menor de sus proezas basta á inmortalizarle.

Muy escasas son tambien las noticias que hasta nosotros han llegado respecto de la vida doméstica de Pulgar, de sus costumbres y aficiones; y en verdad que despues de admirarle tan grande y generoso, como que se desea con mas ansia seguirle á la callada dentro de sus hogares, escudriñar sus acciones mas leves, escuchar hasta sus palabras; conocemos al *héroe*, y quisiéramos conocer al *hombre*.

Es lícito sin embargo conjeturar, y sin correr el riesgo de engañarse, que habiendo nacido con índole tan noble, acostumbrado desde mozo al áspero ejercicio de las armas, aficionado á las letras humanas, que cultivó hasta en su vejez, y mal avenido con el ocio y regalo, no es dable que estuviese sujeto á aquellas pasiones bastardas que avasallan el corazon, le estragan y envilecen. Sus costumbres debieron de ser no menos sencillas que puras, á juzgar por lo que sabemos de su vida, por la robustez de sus fuerzas, por lo despejado de su entendimiento hasta en una edad muy avanzada, ó por mejor decir, hasta la vispera de su muerte.

Tres veces contrajo matrimonio: la primera con doña Francisca Monte de la Isla (80), en la ciudad de Alcalá la Real, donde tal vez pensaba Pulgar avecindarse; por cuanto consta que los Reyes Católicos le prometieron darle en aquella ciudad oficio de república (81). Casóse, á lo que se deja entender, por los años de 1485 (82), y de aque-

La señora le nació una hija, de nombre doña Maria, que despues casó con un caballero de esclarecido linage, llamado Rodrigo de Bazan, regidor que fue de Granada y alcaide y corregidor de Gibraltar. Dióles Pulgar algunos bienes (83); mas ora no fuesen tantos como creian ellos corresponderles, ora anduviesen los ánimos desabridos y contrapuestos (como en tales casos acontece) al ver que su padre había contraido nuevo enlace, de que hubo luego hijos varones; lo cierto de ello es que brotaron en el seno de la familia disturbios y desavenencias, de que queda rastro en mas de un documento; único sinsabor, al menos que se sepa, que acibaró la vida de Hernando del Pulgar.

Casó en segundas nupcias el dia 2 de abril del año de 1568, por señas que fue Pascua de flores, con una ilustre señora, doña Elvira de Sandoval, rama de muy buen tronco (84); y á juzgar por el amor entrañable que le tuvo su esposo, y cuyo recuerdo le duró hasta los últimos instantes de su vida (si bien era la noble dueña ya viuda y con un hijo del primer matrimonio) puede con razon colegirse que estaria dotada de muchas y aventajadas partes.

Nacieron de este matrimonio don Rodrigo de Sandoval, que falleció antes que su padre, sin dejar sucesion, y el primogénito Hernando Perez del Pulgar, en quien recayó el mayorazgo, y que tomó sobre sí la pesada carga de llevar sin deslustrarle un nombre tan glorioso. Siguiendo el ejemplar que cercano tenia, guerreó largos años en Africa, consumiendo su hacienda, derramando su sangre, quedando en cautiverio con uno de sus hijos; y al fin ganó mucha fama y renombre en aquellas mismas sierras de la Alpujarra, donde había apagado su padre la primera chispa de la rebelion (85).

Año y medio antes de morir Hernando del Pulgar, *el de las hazañas*, casó en terceras nupcias con Elvira Perez del Arca, de la que no se sabe mas que el nombre; pudiéndose meramente colegir que no el cebo de ambicion ó codicia, y sí solo la amistad y el cariño, pudieron estimular á Pulgar á contraer aquel enlace en una edad tan avanzada; puesto que aquella señora no trajo bienes ningunos á poder de su esposo (86).

Por la escasísima luz que arrojan los documentos que aun subsisten, se viene en conocimiento de que Hernando del Pulgar, despues de la toma de Granada, permaneció en los términos de Andalucía; ora en aquella ciudad, tan rica para él en gloriosos recuerdos, ora en los pueblos en que disfrutaba bienes y heredamientos, ó ya en la opulenta Sevilla, patria de su segunda esposa, con la que vivió unido largos años (87), y al parecer, con mucha paz y contentamiento.

Despues de haber bosquejado, aunque de corrida, el retrato de Hernando del Pulgar, ya como capitán valeroso, ya como varón dotado de generosas prendas, réstanos presentarle ahora como *escritor*: bajo cuyo concepto no ha llegado á mi noticia que haya sido considerado hasta ahora, por mas curioso que parezca ver cómo manejaba la pluma quien tan bien manejaba la espada.

Inducidos á error por la semejanza del nombre, y acostumbrados á mirar á un Hernando del Pulgar como *historiador*, y á otro Hernando del Pulgar como *guerrero*, no han faltado autores de pró que hayan atribuido al cronista de los Reyes Católicos el resumen ó compendio de la vida del Gran Capitán; habiendo otros dejado en duda, á pesar de su vastísima erudicion, un punto tan notable

de nuestra historia literaria (88). Cundió despues la opinion, mas conforme á la verdad, de que Pulgar *el de las hazañas* fue quien escribió los claros hechos del otro famoso caudillo; pero se ha creido generalmente que era suya la *Crónica del Gran Capitan*, escrita por un autor contemporáneo, que recató su nombre, y dada varias veces á la prensa en el siglo décimosesto (89). Mas habiendo leído esta obra con cuidado y detenimiento, quedé íntimamente convencido de que no estaba escrita por Pulgar; así por el gusto y sabor, si es lícito expresarse de esta suerte, como por una reflexion obvia y sencilla, á saber: que habiendo sido compañeros de armas Gonzalo Fernandez de Córdoba y Hernando del Pulgar, mientras duró la guerra de Granada, y no quedando rastro ni indicio de que hubiese pasado Pulgar á naciones extrañas, debió naturalmente hablar con mas aficion de las cosas que vió con sus ojos y en las que le cupo no pequeña parte, que no de las que solo pudo saber de oidas, á manera de rumor lejano; y al contrario, en la expresada Crónica se advierte que habla el autor como testigo presencial de las guerras de Italia, indicando circunstancias muy leves, y hasta diciendo alguna vez que habia conocido á personas de aquellos reinos; y apenas nombra, como de paso y con escasa voluntad, las cosas de Granada.

Persuadido de que no era aquella la obra que yo buscaba, seguí haciendo investigaciones, y pasaron sucesivamente por mis manos varias Crónicas del Gran Capitan, que hallé en las bibliotecas de la corte ó que me facilitaron mis amigos (90), hasta que al cabo vino á mi poder la que indudablemente fue compuesta por Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas* (91).

El nombre del escritor, aun prescindiendo de la fama del héroe que en aquel escrito se ensalza, bastaría para despertar vivísima curiosidad; pero concurren otras circunstancias particulares que acrecientan hasta lo sumo el interes en favor de tal obra. Escribióse, al parecer, por los años de 1526, probablemente á tiempo que el emperador Cárlos V hizo su mansion en Granada, y de cierto por obedecer su mandato y satisfacer su deseo. ; Qué sería ver á un monarca tan poderoso, quizá el mismo dia en que visitára el sepulcro del mayor Capitan de su siglo, encomendando que escribiese su vida á otro guerrero ilustre, su amigo y compañero, que en un ejército de héroes mereció que le apellidasen *el de las hazañas!* Figuremonos por un instante á Hernando del Pulgar, á la edad de setenta y cuatro años, recogiendo solícito en su memoria los recuerdos de sus verdes años, repasando en su mente los lugares en que habia alcanzado tanta gloria, los claros hechos de Gonzalo de Córdoba, de que él mismo habia sido testigo: "é yo de los que ví me atrevo á escrebir, aunque en mucha edad é poca habilidad, que causaron poner en borrones vida que tanto merecía ser de buena tinta escrita, en especial á Príncipe y señor que su grandeza en el mundo pone espanto el cual nos quita la benevolencia con que á todos admite." Exento de presuncion y vanagloria, nos descubre Pulgar su hidalga índole con solo anunciar la manera con que se propone escribir su obra: "é queriendo yo seguir ambos bandos, llano y claro diré lo que en fecho fue, contando las mismas cosas que todos vieron, *apartando la jactancia de decir que fui en ello*, en especial las de la guerra de Granada, do poco della pasó en aquellos quasi diez años que duró, se me encubrió." Como cabalmente en aquella

conquista dieron Gonzalo de Córdoba y Hernando del Pulgar tan señalada muestra de sus personas (habiendo hecho ambos las primeras armas en la guerra de Portugal) se nota en la relacion de los hechos un sabor de verdad, un candor que embelesa por su sencillez misma: debiéndose á la propia causa que sepamos por esta obra varias proezas de Gonzalo de Córdoba y algunas circunstancias de su vida, que á no ser por Pulgar yacieran ignoradas. Los demas historiadores y cronistas se apegaron con mayor ahinco, cual era natural, á los hechos mas notables por su grandeza, á las batallas y conquistas en que mandó como caudillo, arrojando de Italia los pendones de Francia, y disponiendo con su mano de reinos y coronas: solo por acaso aludieron á los hechos de su mocedad, que no eran sino las primicias de su valor y singulares prendas; pero Hernando del Pulgar, que los habia presenciado, los refiere con grata complacencia, pinta los obstáculos, los riesgos que los acompañaron; se encanta celebrando su buen éxito. No parece sino que se le ensancha el corazon, al referir las proezas del insigne Caudillo; y que á pesar de haberse impuesto á sí mismo callar sus propios hechos, dice en secreto á sus lectores: "este héroe era mi amigo; yo peleaba á su lado."

Una circunstancia notable, que resulta de la lectura de su obra, es que en mas de una ocasion se asemejaron no poco uno y otro guerrero en los hechos con que se ilustraron, durante la guerra de Granada: no parece sino que á porfia corrian en busca de los mismos peligros. Abastece Pulgar á la ciudad de Alhama y la salva de su perdicion, Gonzalo de Córdoba la salva á su vez, y Pulgar es quien nos lo refiere. Se muestra indecisa la fortuna, aunque por

breve-plazo, y el Rey Fernando no puede acudir tan presto cual quisiera: Gonzalo de Córdoba se encierra en la Malaha, y su sola presencia la preserva; corre Pulgar á Salobreña, y con su arrojo la defiende. Codicioso de riesgos y aventuras, habia llegado el Córdoba una noche hasta la misma puerta de Granada, prendiendo en ella fuego y causando en los moros gran turbacion y escándalo; y lástima que se le malogró despues por culpa agena el haber entrado en la ciudad, para libertar á los cautivos, que hubiera sido *el mas honrado hecho que en nuestros tiempos ha acaescido en España*, segun las palabras mismas de Pulgar; á este le cabe mejor suerte, y da gloriosa cima á la empresa de la mezquita. Entra Pulgar en Málaga, poniendo á gran riesgo su persona, para ofrecer tratos y concertos de paz; Gonzalo de Córdoba se introduce de oculto hasta el palacio mismo de la Alhambra, y arranca al mudable Boabdil las condiciones del entrego.

Terminada la guerra de Granada, gustó en aquella ciudad brevisimo reposo el ilustre caudillo, y pasó luego á Italia: de cuyas empresas y conquistas, ó ya por mas sabidas ó por no poder dar dellas tantas señas, solo hizo Pulgar una leve mencion, como por via de recuerdo.

Cuando se espacia á placer, cual si en él propio reflejaran las alabanzas de su amigo, es cuando pinta su ademan, su rostro, sus hidalgas prendas, la serenidad en los peligros, la igualdad constante del ánimo en la buena y en la mala fortuna, la largueza que le grangeaba hechuras, su clemencia y generosidad que desarmaba á sus contrarios. No encuentra palabras Pulgar para encarecerle cual quisiera; y se le ve con secreta satisfaccion deslizarse sin sentir al mismo propósito, repetir los elogios de mil

maneras, buscar acá y allá en anales é historias los héroes mas famosos de la antigüedad, para colocarlos al lado de su héroe y que este aparezca mas grande (92).

Si *el estilo es el hombre*, (como ha dicho ingeniosamente un escritor profundo y el mejor intérprete que ha tenido la naturaleza), (*) Hernando del Pulgar se retrató tan fielmente en su obra, que bastaria á cautivar nuestra aficion, aun cuando no hubiese quedado del ninguna otra memoria. Descúbrese de lleno su generosa índole, al ver con cuánta complacencia celebra á los guerreros que mas se señalaron, sin que se trasluzca en sus palabras ni la mas leve sombra de bastarda envidia: todas las dotes del ánimo, que anuncian elevacion y grandeza, excitan al punto su entusiasmo; y sobre todo se echa de ver que las prendas que mas estimaba eran el menosprecio de las riquezas y la benignidad y mansedumbre. ;Cuán de apetecer seria, que al recordar del sueño los reyes de la tierra, encontrasen quien les repitiése las mismas palabras que pone Pulgar en boca de Gonzalo de Córdoba, hablando con el Rey de Granada! "Con mas seguridad se acrecientan los estados perdonando que vengando: en especial ved como anda todo tan dudoso que requiere mas clemencia y suelta que no gobernacion rigurosa; que su tiempo habrá que carezcan de la vida aquellos que no usaren della como conviene al sosiego de la ciudad. Cá mejor á los dañosos dejallos con miedo, que con aquel y deseo de perdon se enmendarán y serán modestos en lo porvenir; lo que con cuchillo sus semejantes; que fuera de aquel quedaren, no se podrán corregir, y es dar lugar

(*) *El célebre Buffon.*

á que quajen mas sus males. Por ende mirad, señor, que para que los hombres duren, no ha de durar miedo en ellos. Que al Rey mas amor que temor le hace señorear; y dando lugar á vuestra ira, quedaos tiempo para consejo; con el qual dareis el remedio necesario: que el poderío con amor y buenas obras á los súbditos se posee mas seguro que con gentes ni oro ni verdugo.»

Está esmaltada la obra con máximas morales, expresadas algunas de ellas con singular acierto, si bien mas de una vez se resiente el escritor del gusto de aquel tiempo, mostrándose recargado de erudicion prolija, que lejos de hermosearle le afea; como suele acontecer á joyeles antiguos, que el engaste pesado del oro ofusca el brillo de la pedrería.

Se conoce que Pulgar gustaba mucho de los historiadores de la antigüedad; condicion propia de su grande alma: y tal vez á aquella aficion se debiera el que mas de una vez ponga razonamientos en boca de sus personajes (siendo uno de los primeros que lo tentó en España), para tomar respiro en la narracion de los hechos; y como por gala en el arte de bien decir. Mas de un discurso hay entre los suyos que no se desdeñara de prohiar como propio el escritor de mas renombre: y da gozo ver á un guerrero, cargado de años, y que consumió lo mejor de su vida en el estrépito de los campos, ordenar discursos no sin arte, eslabonar los conceptos, pulir el estilo y la frase, y alguna vez sentir tal calor en el ánimo, que naturalmente se comunica á sus pensamientos y expresiones. Enérgica y briosa, á no poder mas, es el habla que pone en los labios del Alfaquí, cuando viendo dividida la ciudad entre dos Reyes, y llamados por uno de ellos y aco-

gidos los castellanos, y el imperio á punto de desplomarse, increpa de esta suerte á los moros, para que vuelvan de su frenesí: "¿cuándo en los días de los malos cesarán nuestros males? Cá de los comportar, nuestros enemigos nos han mancilla: ; oh, como si fuésemos buenos alfaquies y viejos, y derramásemos nuestras lágrimas en tratar la paz, como no derramarían los cristianos nuestra sangre en la guerra! Pues la razon quiere, y la justicia defiende á los moros tomar armas contra moros; y tan recias, que con el favor del sueldo que Gonzalo Hernandez metió y dá; no se siente el daño que en lo recibir se sigue. E otro mal igual á este, que seguís hombres nuevos, ventajosos en maldad, por negligencia de justicia; de los cuales gran número anda por las calles con callosas manos de hacer mal á sus vecinos; y en lugar de se ocupar en peligrosas y famosas cosas de virtud, desarraigando los enemigos de su pueblo, sin entremeter á lo dañar, gastando en ello sus trabajos, fatigando los hombres llenos de buenos pensamientos. Por ende, ved cuanto en tormento viven los que á estos siguen: que no de la ciudad, mas de la tierra, para bien y utilidad della debian ser desarraigados; y con vuestra experiencia proveed lo presente; pues veis los nervios cortados para mas mal suceder adelante. No dudo algunos digan el habla es recia; pero es mas segura; pues mejor es morir honrada y virtuosamente en el campo que no meter en nuestras casas enemigos de quien seamos sujetos. Lo cual siempre seremos, si luego no usamos de la vitoria, que en nuestras manos tenemos para ser libres; y dejando amonestamientos, tomemos armas y fuerzas para amar y defender nuestra cibdad y reino: que el hierro caliente se labra. E apriesa an-

tepongamos la libertad á la vida, y huiremos la servidumbre; y venza nuestra vergüenza al miedo: cá no menos es habido de flaco ánimo el que no muere cuando conviene, que el que muere cuando no es menester; cá guardarnos debemos no solo de lo presente, más de lo que de futuro podría acaecer: cá lo que padecemos mas es por nuestra flojedad que por fuerza de los enemigos.»

El estilo de la obra es en general sencillo, desaliñado á veces, como el de las antiguas crónicas; pero á veces también descubre cierto entono y hasta visos de afectación. No presume de escritor el guerrero; lo repite al principio y al final de su obra; pero advertimos con cierta sonrisa maligna que no le pesa al buen Pulgar que le tengan por entendido.

Concluye poniendo su obra bajo el amparo del monarca; y desconfiado de su propio acierto, pero seguro de que de cualquier manera se presentase á la vista la imagen de Gonzalo de Córdoba, había de aparecer digno de su renombre, termina de propósito con la misma frase con que dió principio á su escrito: «muy gran razon tuvo vuestra persona imperial de desear ver y conocer al nombrado Gran Capitan.»

Si en esta obra de Hernando del Pulgar se hallan tantos indicios de sus nobles y generosas prendas, aun queda otro monumento, mas precioso si cabe, que nos le dá á conocer tal cual era. No se trata de una obra escrita por mandato de un gran monarca, destinada á salir á la luz pública, y en que el autor se coloca, por decirlo así, en medio del teatro del mundo; se trata del testamento de Pulgar, ordenado en secreto por él muy pocos dias antes de su muerte; cuando en visperas de separarse de la tierra,

reconcentrando el ánimo dentro de sí mismo, y casi mirándose ya en presencia de Dios, escudriñaba los secretos de su corazón y los ponía de manifiesto. Lo mas singular es que no se encuentra rastro ni vestigio de que estuviese á la sazón Pulgar aquejado de ninguna dolencia; y antes bien solo alude al peligro comun á que está expuesto el hombre, y añade expresamente *que se halla en su seso y entendimiento natural* (93). No parece sino que el cielo, en su misericordia, quiso recompensar las virtudes de tan gran caudillo, manteniéndole sano de alma y cuerpo hasta los últimos instantes de su vida.

Ordenó Pulgar, ante todas cosas, que le sepultasen en su propio enterramiento, al lado de sus dos mugeres, que allí mismo yacian (94); pero mirando con desden la vana ostentacion con que suele alimentarse el orgullo hasta en los mismos arreos de la muerte, previno en términos expresos: "mando que mi enterramiento sea con toda moderacion é sin fausto ni pompa: é mando é ordeno á mi muger é á Fernan Perez del Pulgar, mi fijo, é á mis nietos é descendientes, é á doña María del Pulgar, mi hija, é á sus hijas; é á mis criados é suyos, *que no traigan ni pongan luto por mi.*" De la propia suerte ordenó que *no se celebrasen honras ni cabo de año*, segun costumbre de aquellos tiempos; cómo se eleva el ánimo, al ver á un guerrero tan ilustre mostrándose llano, modesto, llevando hasta mas allá del sepulcro la moderacion y templanza!

Recomienda con piedad religiosa que ofrezcan sufragios por la paz de su alma; pero aun en aquel acto se acuerda con ternura de sus compañeros y amigos, y ordena que al mismo tiempo sean ofrecidos "*por las perso-*

nas que viviendo con él, murieron en la guerra de este reino de Granada.»

Tenia Pulgar varios esclavos de uno y otro sexo, y á cada cual le menciona por su propio nombre, y á ninguno de ellos olvida al repartir sus beneficios: á cual le da la libertad desde el día mismo en que él fallezca; á cual le obliga solo á que sirva durante algunos años; y le concede luego que disfrute de un bien de tanto precio. A todos sus criados les deja alguna manda: de todos se despide con cariño, y como pudiera hacerlo un padre.

El que así trataba á personas tan poco allegadas, mal podía olvidar á su esposa; á la cual dejó algunos bienes para que los disfrutase por los días de su vida, en prueba del amor que le tenía.

También dejó un legado á favor de Mencía Perez del Pulgar, su hermana; la misma que estuvo casada con aquel Francisco de Vedmar de que se ha hecho mencion en esta obra (95).

No sé si acontecerá á otros lo que á mí me sucede: me embelesa estudiar la condicion é índole de los varones insignes, no en sus hechos famosos, sino en sus acciones mas pequeñas, hasta en pormenores tan ténues que apenas se divisen. Me agrada ver á un Hernando del Pulgar *el de las hazañas*, recomendando á su hijo que dé todos los años á la Capilla Real de Granada y á otras iglesias y monasterios *“harina de trigo candeal para hostias; molido en el molino del Salar con las piedras de la cañada de Fuente del Junco, porque hacen blanca harina: é esto que sea muy limpio é ahechado; é se miembren con quanta diligencia é cuidado é limpieza lo hacia Doña Elvira de Sandoval su madre.”*; Qué recuerdo tan tierno y tan

sentido ! Él solo bastaría á mostrarnos el alma de Pulgar.

A pesar del natural anhelo de perpetuar con gran copia de riquezas el lustre de su casa, y no obstante las costumbres y máximas de aquel siglo, es cosa digna de notarse que Hernando del Pulgar habia compartido la mayor parte de sus bienes entre sus dos hijos varones, fundando un mayorazgo á favor de cada uno de ellos; mas habiendo arrebatado la muerte á Rodrigo de Sandoval, sin dejar sucesion, determinó su padre que se juntasen en uno entrambos vínculos, y recayesen en su primogénito Hernando Perez del Pulgar, á quien dejó mejorado en el tercio y en el remanente del quinto.

Las demas disposiciones, en el testamento contenidas, versan sobre arreglos domésticos; notándose en todas ellas el claro entendimiento de Pulgar, el buen manejo de su hacienda, su cuidado solícito por evitar dudas y disensiones, declarando prolijamente los débitos que dejaba, las fincas que habia enagenado, y hasta el paraje y sitio en que se hallarian á la mano los títulos de propiedad.

El dia 2 de agosto del año de 1531 aparece hecho el testamento en la ciudad de Granada (96); y el dia 11 del mismo mes y año falleció el ilustre caudillo, como lo expresa la misma lápida que cubre sus cenizas (97). No consta, por desgracia, ninguna circunstancia de su muerte; mas por lo que sabemos de su vida, de sus claros hechos y virtudes, bien pudiera apellidarle España, como Francia al famoso Bayardo: *el caballero sin miedo y sin mancilla.*

*

NOTAS.

1. Real cédula expedida por el Emperador Carlos V, en la ciudad de Granada, á 29 de setiembre del año de 1526, que se conserva *original* en el archivo de la casa de los Pulgares. (Véanse los documentos del Apéndice.)

2. Acerca de la diferencia de uno y otro Pulgar, véanse los apuntes contenidos en el Apéndice.

3. En ninguno de los documentos existentes en el archivo de la casa del Salar, ni en los demas que el autor ha tenido á mano, se halla indicado el pueblo ni menos el año ó el día en que nació Hernando del Pulgar; y solo me parecia probable que hubiese nacido en la Mancha, atendiendo á que su padre se casó en Ocaña y murió en Ciudad-Real. En este último pueblo no se ha hallado tampoco rastro de tal nacimiento, ni aun de semejante familia por el trastorno de los tiempos; mas registrando una obra impresa en Granada (*Historia de la casa de Herrasti*), escrita por un caballero muy principal, emparentado con la familia de los Pulgares, y que consultaría probablemente los documentos de su Casa, se ha venido en conocimiento de lo que con tanto anhelo se buscaba.

4. «Consta ser público y notorio que la Casa y Solar del Pulgar está en el Principado de Asturias, en el valle de Guerna, en el lugar de la Cortina, que es del concejo de Lena; y que es de los mas ilustres y nobles que hay en dicho concejo y Principado, cuyos poseedores siempre han sido reconocidos y estimados por caballeros y principales señores.» &c. (*Testimonio judicial de la ascendencia, hechos, servicios, &c.* de esta casa: se hizo á petición de Juan Hernando Perez del Pulgar, Señor del Salar, por los años de 1673, y con vista de los *documentos originales* del Archivo donde se custodia el *testimonio impreso.*) En el archivo antiguo del lugar de la Cortina, concejo de Lena, se

hallaron en el padron de la moneda forera unos renglones que decian asi:

Gonzalo Pulgar, hijo-dalgo.

Pedro Pulgar, su hermano, hijo-dalgo.

(Es de advertir que ambos vivieron en el siglo XIV.) Los señores de esta casa en Asturias eran Patronos del Patronazgo que llaman el *Albergueria*, en el lugar de Rios, al pie del puerto de la Cubilla; en el que daban sustento á pobres pasajeros, lumbre y heno para camas; y los que los asistian eran libres de pechos reales y concejiles, por privilegios muy antiguos. (*Historia de la casa de Herrati*.)

5. «Rodrigo del Pulgar casó en Ocaña con doña Constanza García Osorio, hija de Lope Alvarez Osorio, Comendador de Socobos y Trece de Santiago». (*Historia genealógica de la casa de Lara*, por D. Luis de Salazar y Castro, lib. XIV fol. 746). Han sido vanas las iustigaciones hechas en Ocaña, para sacar alguna luz acerca de dicho casamiento; y solo se han hallado pruebas de haber existido antiguamente en aquella ciudad una ilustre familia de Osorios, enlazada con otras no menos esclarecidas. Pero en el siglo XVII quedaban todavía documentos y pruebas concernientes á este propósito: «consta por una informacion hecha en Ocaña, ante Julian García, escribano del número de ella, en 11 de abril de 1636, que casó (Rodrigo del Pugar, padre de Hernando del Pulgar, *el de las hazañas*) con doña Constanza García Osorio y Cárdenas, hija de Lope Alvarez Osorio, comendador de Socobos y Trece de la orden de Santiago, y de doña Constanza de Cárdenas, su muger, hermana entera de Garci Lopez de Cárdenas, Comendador mayor de Leon, progenitor de los Condes de la Puebla del Maestre y de los Duques de Maqueda. Y el Lopez Alvarez Osorio era hijo de Juan Alvarez Osorio, progenitor de los Marqueses de Astorga. (*Historia de la Casa de Herrasti*.) «Lope Alvarez Osorio (dice Lope de Haro en su *nobiliarlo*) fue el primer caballero de esta casa y linage que hallamos haber poblado en la villa de Ocaña, que por algunas relaciones manuscritas pa-

rece haber sido hijo del marques de Astorga, y según otro hermano aunque en ellas no se hace memoria de cuál de los marqueses de esta casa fue el hijo; pero por el tiempo parecen haberlo sido de D. Alvaro Perez Osorio (el primero marques de esta casa: fue caballero del hábito de Santiago y comendador de Socobos y Trece de la orden. (*Nobiliario genealógico de los Reyes y Titulos de España.* Tomo 1.º libro 4.º fol. 297.) Legajo 2.º Núm. 19.)

7. El mas antiguo ascendiente de esta casa, de que se tiene auténtica noticia, es «*Pedro del Pulgar*», que nació año de 1327, en el reinado del Sr. D. Alonso XI; fué caudillo en muchas empresas militares, y fué elero Campomanes año de 1376. Casó en dicho Principado con Maria Diez de la Cortina; de quien tuvo dos hijos. (*Hisloria de la Casa de Herrasti.*)

En la casa de los Marqueses del Salár se conserva un antiguo cuadro, que probablemente es copia de otro mas antiguo, y en el que está retratado un guerrero de hermoso gesto y gallarda presencia, el caballo hasta el hombro y la barba crecida, con armadura de hierro y una banda encarnada, que le cae del hombro izquierdo y le cruza por el pecho, anudada luego con un lazo. En la mano derecha tiene un baston corto de mando, tachonado de oro sobre color rojo; y la mano izquierda apoyada en un casso que está colocado sobre un bufete. En dicho cuadro se lee este letrero: «El Sr. Pedro del Pulgar, Señor y caballero de la casa, torre y castillo del Pulgar, y sita en el lugar de la Cortina, Principado de Asturias. Nació en dicha casa, año de 1327, habiendo hecho muchas y gloriosas acciones militares, siendo caudillo en las más de ellas; murió en Campomanes el año de 1376 (lo demás no puede leerse).»

8. «*Fernando del Pulgar*, doncel del Rey D. Juan el I.º hijo segundo de *Pedro del Pulgar*, Señor de esta casa en santa Maria de Telledo, Concejo de Lena en Asturias; casó con Maria de Cienfuegos.» (*Historia y genealogia de la casa de Lara*, lib. XIV, fol. 1746.)

«*Fernando del Pulgar*, Doncel del Sr. Rey D. Juan I, el

y muy valeroso soldado: hallóse en el sitio de Almeida, año de 1381, y el de 1385 en la batalla de Aljubarreta, donde recibió muchas heridas, de que quedó entre los muertos: y el año de 1397 fue teniente de Diego Hurtado de Mendoza, y capitán de una de las cinco galeras que gobernaba en contraposición de las de Portugal, las que desbarataron. Había nacido en Asturias, en la Cortina, concejo de Lena, donde casó con María de Cienfuegos y Quirós, casa de honores &c. (*Historia de la Casa de Herrasti.*)

9. «*Pedro del Pulgar*, que sirvió y se halló en la batalla que se dió á los moros cerca de los Collejares, año de 1406, y en la toma de Pruna y en la de Antequera; y en un reencuentro sobre Cambil le mataron, el de 1431. Casó en Ciudad-Real con doña Juana Martínez de Poblete, en quien tuvo á Rodrigo del Pulgar.» (*Historia de la Casa de Herrasti.*)

10. «*Rodrigo del Pulgar y Poblete*, hijo mayor de Pedro del Pulgar, sirvió valerosamente; y siguiendo la parte de Rey D. Enrique IV se halló en la batalla de Olmedo, y en las talas que se hicieron en la Vega de Granada, los años de 1454, 55 y 56, y en la defensa de Ciudad Real, cuando la invasión del Maestre de Calatrava, año de 1475, quedó muy mal herido, de lo que le resultó su muerte.» (*Testimonio judicial de la ascendencia, hechos y servicios, &c. de la casa del Pulgar. Historia de la Casa de Herrasti.*)

11. No hay mas dato para venir en conocimiento de cual fue esta acometida contra Ciudad Real, de cuyas resultas quedó herido el padre de Hernan Perez del Pulgar, que saberse que se verificó el año de 1475, y que iba por caudillo de los que embistieron la villa el Maestre de Calatrava. Habiendo muerto el Maestre de dicha orden Don Pedro Giron por los años de 1466, es evidente que al que aqui se alude fue su hijo don Rodrigo Tellez Giron, que le sucedió en aquel cargo, y que luego murió de una saetada con yerba en el real sobre Loja, á 13 de julio de 1482. (*Apuntes breves del reinado de los Sres. Reyes Católicos Don Fer-*

nando y Doña Isabel, por el doctor don Lorenzo Galindez y Carvajal. M. S. existente en la Real Academia de la Historia.)

Debió de verificarse la acometida de Ciudad Real con motivo de los bandos y parcialidades que se encendieron en el Reino, cuando se disputó la sucesion á la corona por muerte de don Henrique IV, acaecida en los postreros del año de 1474. Algunos Grandes y Señores tomaron la parte de doña Juana, llamada vulgarmente *la Beltraneja*. "E los primeros que se mostraron é manifestaron por la dicha doncella Doña Juana (dice un escritor contemporáneo, digno de mucho crédito*) fueron el Marques de Villena, don Diego Pacheco, que la tuvo en su poder, é sus primos *el Maestre de Calatrava don Rodrigo Giron*, é su hermano don Alonso Tellez Giron, Conde de Ureña, hijos del Maestre de Calatrava don Pedro Giron &c." Entre los Caballeros que siguieron en aquella guerra el bando de los Reyes Católicos, cita el mismo historiador *«la gente del Marques de Astorga*, que tenia en administracion don Luis Osorio, Capitan que despues fue é guarda de la Ciudad de Alhama, é despues Obispo de Jaen, que era tutor del Marques de Astorga, que era niño." Aparece pues, como sumamente probable, que el Maestre de Calatrava acometeria á Ciudad Real, (siguiendo la antigua enemiga entre dicho pueblo y la mencionada Orden) y que Rodrigo del Pulgar, casado con doña *Constanza Osorio*, y enlazado con tan ilustre casa, seguiria el mismo bando y concurriria á la defensa de Ciudad Real, declarada á favor de los Reyes Católicos.

12. "El famoso Hernando del Pulgar, primer señor del Sa-

* *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, escrita por el Bachiller Andres Bernaldes, cura que fue de la villa de los Palacios. (M. S. existente en la Biblioteca de la Historia).

lar, *caballero continuo de la casa real*, y á quien llamaron *el de las hazañas* por las heroicidades que ejecutó en al conquista do Granada.» (*Historia de la casa de Lara*, &c. lib. 14, fol. 743.) “Y que sirvió con grande aprobacion de valiente guerrero en la guerra de Portugal, donde se le hizo dicha merced de Continuo &c.” (*Testim. judicial de la ascendencia, hechos &c., de la casa de Pulgar*.) En el archivo de Simancas, en un libro titulado: *Continuos* del año de 481 en adelante, se halla la partida setenta de los Continuos que dice: *Fernando del Pulgar, cuarenta mil maravedis.*

13. “En el segundo día de Navidad de dicho año de 1481, escalaron los Moros á *Zahara*, é tomaron la fortaleza é la villa con toda la gente é cuanto en ella habia, é se perdieron entre muertos é cautivos, chicos é grandes, que ovieron los moros, ciento sesenta personas cristianas; que no se salvaron, salvo algunos hombres que saltaron por los adarves. (M. S. del cura de los Palacios, cap. 51.)

14. Llamóse por esto la *batalla tenebrosa*; el marques de Cadiz sorprendió y tomó á *Alhama* en la noche del día postremo de febrero de 1482: la villa era de seiscientos vecinos; murieron en aquel rebato ochocientos moros varones; y cerca de tres mil almas quedaron cautivas. (M. S. del cura de los Palacios, cap. 52.)

15. De una real cédula, firmada por los Reyes Católicos, su fecha en Alcalá de Henares á 18 de febrero de 1486, se infiere que Pulgar empezó á servir en la guerra de Granada, contribuyendo á la guarda y defensa de *Alhama*, “desde veinte é seis días de agosto del año que pasó de 1482; que yo (dice el Rey) vos mandé recibir por mió, y vos mandé que quedádes por mi contador de la dicha ciudad, con D. Luis Osorio, obispo de Jaen; donde habeis estado y residido hasta hoy.” (Véase este documento en el Apéndice.)

16. *Alhama la Seca* se llama aun hoy día: el apuro de los sitiados, en aquella época, se puede colegir de estas palabras de Bernaldes: «é desde este día no osaron (los moros) dar

mas combate real, salvo en el agua que quitaron muchas veces á los de la villa por la mina; é volvíanla á echar por do solía ir; é sobre esta agua echar recibieron sobre ello asaz daño los cristianos, que de algunos que murieron los mas fueron sobre el agua, porque no tenían sino un pozo en la villa, é padecieron los cercados muy grandes penas de sed, á causa que los moros les quitaban así el río. (M. S. del cura de los Palacios, cap. 53).

17. “Y al llegar á los llanos de *Cantaril*, que son camino de Archidona á Loja, algunos de los vuestros (decían los Reyes Católicos á Hernando del Pulgar) tuvieron pavor de pasar por las sierras de ella, é quisieron desampararos; é por no querer pasar adelante ni obedeceros, feristeis en ellos; é teniendo pavor de vos, os siguieron.” Real cédula de los Reyes Católicos, fecha en Medina del campo, á 9 del mes de Abril de 1494. (Véase en los documentos del Apéndice).

18. El conde de Tendilla, capitan general de Alhama, se expresaba de esta suerte, al conceder á Hernando del Pulgar casas, tierras y heredamientos en aquella ciudad; “é yo, viendo quanto cumple al servicio de los dichos Rey é Reina, nuestros Señores, la dicha vecindad del dicho Fernando del Pulgar, contador susodicho, óvelo por bien, é tomé dél seguridad que estará en la dicha ciudad y en el servicio della los cuatro años que sus Altezas mandan que esten los vecinos que en ella vivieren, é lo que los dichos Rey y Reina é nuestros Señores, le manden, é en emienda é *quivalencia de lo que ha servido é sirve, é quanto bien é lealmente, é con mucho trabajo é arriesgo de su persona, desde que está en la dicha ciudad, é viendo el recabdo que ha puesto é pone en la guarda é defensa della; por ende &c.*”

De la citada cédula de los Reyes Católicos se deduce igualmente lo mucho que contribuyó Hernando del Pulgar á la guarda y defensa de Alhama: “asegurando la dicha ciudad y haciendo reparar los muros y cercas de ella, y así mismo poniendo vuestra persona á muchos riesgos y peligros, entran-

do y saliendo por nuestro mandado muchas veces á la dicha ciudad de Alhama, por tierra de moros, enemigos de nuestra santa Fé católica, y viniendo á nuestra corte á nos facer saber las cosas de la dicha ciudad y de las fronteras, y otras cosas de que habemos seido mucho servidos de vos, en que habeis gastado mucho de lo vuestro" &c. Real cédula de los Reyes Católicos fecha en Alcalá la Real á 18 de febrero de 1486. (Véase en los documentos del Apéndice.)

19. Por estas palabras literales de la Real cédula expedida por los Reyes Católicos, en Medina del Campo, á 9 de abril de 1494, se viene en conocimiento de lo mucho que aprovechó el socorro que entró Pulgar en Alhama, para que no cayese esta en poder de los moros: por cuyo señalado servicio, y por los demas que prestó aquel guerrero mientras permaneció en la mencionada ciudad, le habian concedido el conde de Tendilla y don Gutierre de Padilla, clavero de Calatrava, ciento y cincuenta yugadas de tierra, casas, viñas, meson, horno huertas, palomar, morales &c.

Confirmaron luego los Reyes Católicos aquellos dones, honrando á Pulgar con estas lisonjeras palabras: "por lo cual todo sois digno de mucha remuneracion; é porque en alguna emienda remuneracion de los dichos vuestros servicios é quede memoria de vos é de los que de vos vinieren, é tengais é tengan con que mejor nos servir, é por que otros tomen ejemplo para nos servir de aqui adelante, tuvimoslo y tenémoslo por bien... no embargante que la dicha gracia é merced é donacion sea mas de lo que se da á los que se han avecindado é avecindan en dicha ciudad: por quanto los servicios que nos habeis fecho son é merecen mas mercedes que todos los susodichos." (Real cédula expedida por los Reyes Católicos en Alcalá de Henares á 18 de febrero de 1486. (Véanse los documentos del Apéndice.)

20. "E como vido aquello, acudió (el Rey) por aquel lugar con unos pocos de caballeros, diciendo á voces: *tener, tener, caballeros, tener!* é peleó allí él mesmo con los moros, é des-

barató una batalla, é atajó otra de cincuenta moros, que no pudieron tomar el paso." (M. S. del cura de los Palacios, capítulo 58.)

21. "E fue escuela al Rey este cerco primero de Loja, en que tomó lición é deprendió ciencia, con que despues fizo la guerra, é con ayuda de Dios ganó la tierra, segun adelante será dicho." (M. S. del cura de los Palacios, cap. 58.)

22. El segundo sitio de Loja se puso á principios de mayo del año de 1486. (M. S. del cura de los Palacios, pag. 103); y de la Real cédula de los Reyes Católicos, fecha 18 de febrero del mismo año, se infiere que Hernando del Pulgar habia permanecido hasta aquella época en la ciudad de Alhama.

23. "Y asimismo en las guerras del reino de Granada, donde ademas de servir con su gran valor, trujo y mantuvo en todas ellas, á su costa, *quinze escuderos*, en que gastó mucho de su hacienda, por ser caballeros y soldados de gran reputacion." (*Testimonio judicial de la ascendencia, hechos, servicios &c. de la casa de Pulgar.*)

24. Fue Hernando del Pulgar "primer Alcaide y Señor del castillo del Salar, del que *por haberlo ganado á los moros*, se le hizo merced por Real cédula, su fecha en 21 de diciembre de 1490, refrendada de Juan de la Parra." (*Historia de la Casa de Herrasti*)

El Emperador Carlos V, en Real cédula fecha en Granada á 29 de setiembre de 1526, se expresaba de esta manera "Y nos, acatando los grandes y señalados servicios que vos, Fernando del Pulgar, fecisteis á los Católicos Reyes, nuestros Padres, Abuelos y Señores que hayan santa gloria, y á Nos en la conquista de Granada y su reino, fasta que los ganaron, asi en los cercos y combates que dieron á las ciudades, villas y fortalezas dél, como en las escaramuzas y peleas y reencuentros, donde demas de poner muchas veces vuestra persona á riesgo y peligro, fecisteis muchos gastos de vuestra propia hacienda; por lo qual todo sois digno de premio y honor, porque vuestros servicios fueron tantos y tales y á tal tiempo fechos que lo me

recen; é porque de ellos siempre haya memoria, y otros tenien ejemplo á bien servir, se dirán aqui: que *teniendo el Rey Católico cercada la ciudad de Loja, vos fuisteis con algunos asi vuestros como amigos, á cercar el castillo del Salar; y del al entrar vos hirieron, y allí estuvisteis con mucho peligro, hasta que los moros que estaban en él se dieron.*" (Véase esta Real cédula entre los documentos del Apéndice).

"Otra certificacion del escribano, hecha ante la justicia de la ciudad de Loja, en la que consta que habiendo S. M. el Sr. Rey Católico puesto cerco á la ciudad de Loja, envió desde ella al dicho Hernando del Pulgar á que ganase el castillo del Salar, á cuyo efecto partió con sus quince escuderos y hasta sesenta soldados de á pie y de á caballo; y que aunque la materia fuese dificultosa, la facilitó su valor; pues *aunque herido de una pedrada, rindió el castillo, y prendió á su alcaide, llamado Mahomad Almandani, el dia 30 de mayo de 1486, y que lo remitió á S. M. á esta ciudad, quedándose por alcaide del dicho castillo, de que se le dió el título y acostamiento de merced ya citado.*" (*Testimonio judicial de la ascendencia, &c.*)

25. "Y asimismo certifico que entre los papeles del dicho archivo se halló una cédula de la Reina nuestra Señora, referendada de Fernando de Zafra, su secretario, su fecha en Granada á 15 de marzo del año pasado de 1500, por donde parece S. M. hizo merced al dicho Fernando del Pulgar de Contino de su casa, por *haber tomado el castillo del Salar á los moros del dicho castillo; atendiendo á los muchos servicios que le hizo durante la guerra de Granada.*" (*Testimonio judicial de la ascendencia, &c.* de la casa del Pulgar.)

En 12 de mayo del año de 1489 hicieron los Reyes merced, por juro de heredad, de trece caballerías de tierra de labor, la mitad de tierra de riego y la otra de secano, *en término del lugar del Salar*, de cuya fortaleza era Alcaide Hernando del Pulgar. (Véase en el Apéndice la copia de este documento, cuyo original existe en el Real Archivo de Simancas.)